FRAY MOCHO



Buenos Aires poco conocido. — El río Matanza en las vecindades del Paso de la Noria.

Fot. Alejo Greñaud

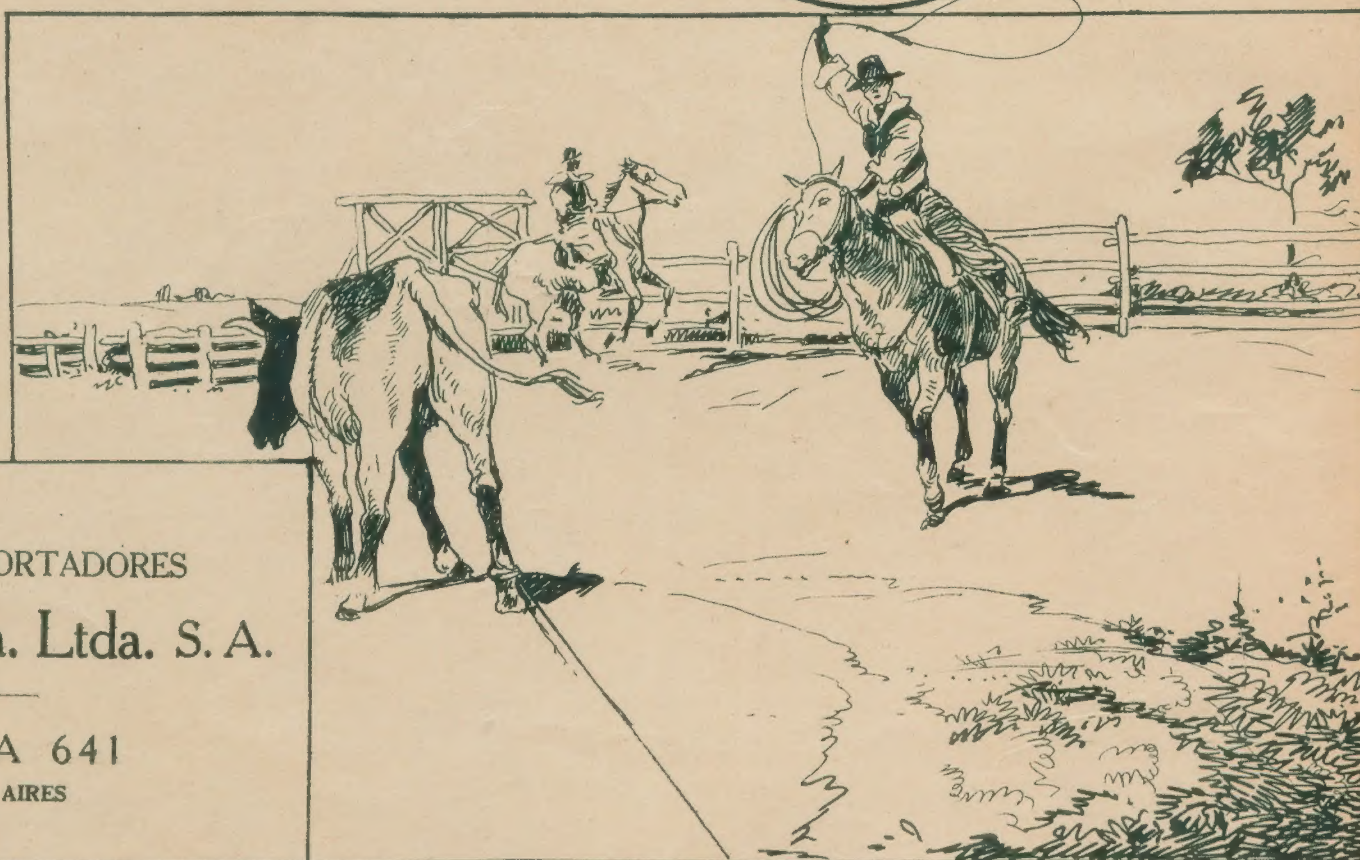
Número 573
17 de abril de 1923

LA BEBE TODO EL MUNDO

Ginebra Bols

SU COLOR AMBAR PALIDO COMPRUEBA SU VEJEZ

Quita el frío
y entona el
estómago.



ÚNICOS IMPORTADORES

MOSS y Cía. Ltda. S. A.

ALSINA 641

BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año XII — Buenos Aires, 17 de abril de 1923 — Núm. 573

POR QUÉ DEJÉ A ZINA SCERKOW,

por Luciano ZUCCOLI

¡Ah! ¿quiere usted saberlo? ¿Por qué dejé a Zina Scerkow? Me disgusta que se hable todavía de ese pequeño episodio de mi vida mundana, que no debería suscitar tanto comentario. ¿La ha visto usted?, ¿ha sido ella quien le ha hablado de mí? Como siempre: quieren la discreción, el misterio, la prudencia, mientras las cosas marchan; una vez todo concluído se confían con tantas amigas y se quejan a tantos amigos, que de pronto medio mundo se cree con derecho de hablar y de preguntar, y de pronto uno se da cuenta de que medio mundo lo sabe.

Odio a las mujeres, por eso. Claro que me gustan y las cortejo. Pero esto no prueba nada. Charlan demasiado...

¿Ha notado, por ejemplo, la manía que tienen de contarle a uno su pasado? Un pasado que, a veces, su edad no haría suponer, y cuando obtendrían una ventaja inmensa por el arte de saber callar.

—Por favor, mi estimada amiga... —dije un día a Zinaida Scerkow.

Nos hallábamos aquí, en Roma, a caballo, galopando por uno de los paseos de Villa Borghese y había conocido a Zina hacía poco tiempo; en el Grand Hotel o en un "tea room", no recuerdo bien... Tengo la sensación de un salón lleno de gente, de ambiente demasiado pesado, con luces bajas; el te excelente y los criados bastante educados...

—Por favor, mi estimada amiga,— le dije, señalándole, con el látigo, la tierra removida que se extendía delante de nosotros.—Para mí, es como si usted acabara de surgir de este pedazo de tierra. No me cuente nada, no recuerde nada, jamás, de lo que pasó. No tengo el derecho de saberlo y no deseo saberlo... La amo así, desconocida, llegada no se sabe de dónde, silenciosa...

Y había un poco de estética, cierto sentido novelesco en lo que le decía, ¿no le parece? ¡Oh!; yo también tengo a veces un poquito de sentido novelesco...

Ella calló; poco después, empezó a galopar... Monta admirablemente, a la americana, pero prefiere el terreno blando y llano; carece de atrevimiento... Dimos tres vueltas a galope largo. Me agrada el caballo con freno envuelto en espuma, salpicados de espuma el cuello y las riendas; o cuando yergue las orejas, alarga los morros y mirando el campo con ojo inquieto, relincha, desde el "trémolo" agudo al bajo profundo...

Pero, ¿qué le decía?

Bien; Zina no comprendió nada.

Pocos días después, vuelta a comenzar. Me narra cierta historia de París... Tiene veinticuatro años. Entonces tenía veintitrés.

Y poco a poco, un cuadro hoy, un cuadro mañana, si bien yo ostentaba cierta desatención, me describió su existencia entera. Era una tempestad de nombres que habría debido recordar.

—¡Ah! Aquí está el último libro de Max, ¿sabe?, de Max Poireaux de quien le hablé hace quince días.

¡Los nombres! Precisamente lo que más olvido. Mis criados lo saben; no se asombran de que los llame indiferentemente John, Guido, Stick, James, Full, según se me ocurre, para no perder tiempo... Recuerdo la cara, el gesto, el paso, sobre todo de las mujeres, pero los nombres para mi no representan nada. Si se pone un frasco en agua caliente, la etiqueta, pegada con goma, se desprende. Yo olvido la etiqueta y no veo más que la botella.

En todo aquel pasado, por otra parte, no había sino tres hombres: un diputado de la Cámara de los Comunes que quería casarse con ella, (los ingleses son siempre originales); un connacional suyo que se había propuesto redimirla a fuerza de palos; y Max, ese Max, francés, que escribía libros muy admirados por Zina. Poco, en suma; pero no tiene sino veinticuatro años.

Y creo que era sincera. Charlando mucho, una mujer es siempre sincera... La verdad le salta de la boca, como las chispas de las ruedas de un eléctrico. De Max, por ejemplo, no quería confesar.

CONSUELO DE UN PESIMISTA



—Amigo mío: la igualdad ya no existe más que entre los pescadores de caña.
—¿Sí?
—Ya lo ve: hace cuatro horas que estamos aquí doce hombres, y ninguno ha pescado nada.

Decía que era un camarada, un "copain". El "copain" es un invento medio francés y medio ruso. Viene a ser el compañero, el amigo, el hermano espiritual de una muchacha, con la cual vive en la más estrecha confianza. Creo que es imposible delinear exactamente los límites de esa confianza. Todo depende de la discreción del hombre y de la tolerancia de la mujer.

Los "copains" se tutean, comen juntos en el restaurant, se prestan dinero,—ella a él, o él a ella, no importa,—van al teatro, a las carreras, son discretos cuando uno de los dos tiene un amante; en suma, se asocian para soportar mejor los infortunios de la existencia. Yo había imaginado los confines posibles de semejante compañerismo y me parecían demasiado vastos, pero cierta vez Zina me obligó a alterarlos extraordinariamente de pronto. Me confesó que una noche Max, que se hallaba sin un céntimo, le pidió hospitalidad y pasó la noche en su cuarto.

Lo cierto es que conferí a ese Max, buen muchacho o no, el número tres.

Le ruego que observe que, sin embargo, el modesto pasado de Zina Scerkow no entraba para nada en mi resolución de dejarla. Desde el momento que no deseo ser fastidiado con relatos de lo que fué, es lógico que no atribuya a lo que fué ninguna importancia.

Dejé a Zina Scerkow por otro motivo, no sé decir si mucho más grave o mucho más leve. Es probable que sea usted de mi opinión y que el motivo le parezca gravísimo. Es usted un hombre sensible, de nervios a flor de piel, como yo, duro en apariencia y muy impresionable en el fondo, un hombre que, sin dejarse llevar por exageraciones vulgares, concede, sin embargo, a las cosas, la importancia que les corresponde.

Zina no comprendió jamás cuanto sufrimiento había en mí en los primeros tiempos, cuando le rogaba que riera. Creía que se trataba de un capricho, acaso de una complicación morbosa; y trataba de distraerme de esa necesidad mía, que se había convertido en una idea fija.

Dejé a Zina Scerkow porque no reía.

¡No reía jamás! ¿Ha comprendido usted?: durante ocho meses viví con ella y ni una sola vez la oí reir. Zina Scerkow no ríe, no sabe reir, no puede reir.

Discúlpeme la comparación: es un termosifón, radiador perfecto, que da una temperatura cálida, pero seca, igual, pero pesada; no el hermoso fuego de llamas libres azules, rojas, doradas, que se alzan chirriando, silbando, borbotando.

Y yo necesitaba oír reir. Soy un espíritu latino que ve en la risa una expresión de belleza.

Usted que conoce personalmente a Zina Scerkow, ¿no la imagina con uno



de aquellos vestidos suyos, tan extraños y no obstante tan exquisitos por el tono y por la línea, sentada en el sofacito de mi sala, extendidas las piernas y aferrando ambos brazos del asiento con sus manos blancas y largas? Y ríe, echada atrás la cabeza, trémulo el pecho, brillantes los ojos bajo las pestañas negras... ¡Qué bien habría reído esa boca, esa boca de labios muy rojos y dientes pequeños y blanquísimos!

Si usted que tiene la imaginación a su servicio puede verla así, yo, que carezco de fantasía, jamás la logré ver. Y no sé expresar cuánto lo siento y cuánto habría hecho por gozar del espectáculo de su risa, si no todos los días, por lo menos un par de veces por semana.

Concluí por perder la paciencia.

Zina Seerkow sonríe. Sin duda la ha visto usted venir a su encuentro plegando los labios en una sonrisa bellísima, suave, confiada, una luz dulce, un rayo de luna.

Pero le ahorraré la distinción entre risa y sonrisa. Sabe usted, al respecto, más que yo. Las mujeres de sus novelas sonríen a menudo, y a veces hasta el dolor. Y también ríen a menudo. Tiene razón. Hágalas reir. En la vida es preciso reir... De cualquier modo, a mí la sonrisa no me basta: es una expresión silenciosa, sólo asida por los ojos. Yo quiero la sonrisa para los ojos y la risa para los oídos.

Tenga presente que no atribuyo culpa alguna a Zina, tanto más cuanto que ella tiene más de un motivo para no reir. La culpa es enteramente mía. Siempre he tenido amantes que reían: francesas, polacas, rumanas, norteamericanas... que reían a plenos pulmones; y no hablo de las italianas que tienen esa bella risa semejante a un susurro de alas y que se queda luego, trémula y maliciosa, en la belleza de los ojos.

¿Se acuerda usted de aquel día en que nos hallábamos en el Jardín Zoológico con Sofía Pierson y Clara Deminui, delante de la jaula de los monos?, ¿se acuerda de la carcajada que partió simultánea, irreprimible, de esas dos bocas jóvenes, al ver la solicitud de la mona por el mono, su marido? Era un día pesado y gris, uno de esos días que me enervan y me entristecen, pero he aquí que esa risa, que parte como una flecha, me ilumina todo el horizonte y me deja contento para el día entero... Usted mismo ríe ahora, al recordarlo. ¿Dónde está Sofía Pierson? ¡Ah, canta en el Wuinipeg! ¿Dónde es eso? Canadá, si no me equivoco... ¿Gran teatro?... Me alegro mucho... Envíele recuerdos míos, cuando le telegrafíe.

Pero con la rusa Zina Seerkow no conocí jamás ese placer de oír de pronto un torrente de risa.

Algo más que el espectáculo de los monos era necesario para sacarla de su serenidad marmórea. La conduje a todos los espectáculos cómicos que entonces se daban, le hice conocer todos los payasos (profesionales), que trabajaban en los circos; le dí a leer Paul de Kock y Mark Twain, que es de lo mejor que hay en materia de grotesco.

Sonreía...

Permítame que le diga una cosa fea. Si no tiene obligación de reir estas bellas muchachas a quienes cortejamos, tomamos y mantenemos para diversión nuestra; a quienes les pedimos placer y reposo; si no ríen, repito, ¿quién podrá reir en el mundo?... ¿Qué dice?, ¿qué concibo la mujer a la manera del bufón de las cortes del siglo diez y seis? Es probable. ¿Cree que la mujer vale mucho más?

No sé si llegado a este punto debo y puedo explicarme. Pero ¿por qué no? No hay nada de ofensivo para Zina y es usted un hombre sin prejuicios.

Le había hecho notar, más de una vez, con acrimonia, pero sin reproche, esa su extraña resistencia a la tentación de reir.

Y una noche, acaso fastidiada por mi "ritornelo", me contó...

Estábamos en mi casa; ventanas abiertas; gran fuego en la chimenea. Ella estaba sentada, con vestido casi transparente, junto al fuego; sentada es un eufemismo: recostada, tendida cuan larga es. Mi criado John, Stick, o lo que usted quiera, el cual es habilísimo en preparar un ponche infernal, nos trajo el tazón de plata con la bebida, dos copas y un cucharón. ¡Pobre John!... James, quiero decir... Es un buen muchacho. Creo que estaba enamorado de Zina. ¡Y verla allí!... En fin. ¡Pobre James!... John, quiero decir... Yo, antes de ser criado de un hombre como yo, me cortaría el pescuezo.

Fué esa noche cuando me contó... Es hija de padres desconocidos; la pobrecita vió la luz en una localidad de la gobernación de Perm... Es increíble, si se piensa en su belleza, en su excelente salud, en su educación, en la armonía de sus líneas, es realmente increíble que no haya conocido un buen papá ni una linda mamá, y no haya tenido una infancia tierna y alegre y un hogar tibio.

Surgió por fuerza ciega, floreciente y magnífica.

Fué criada en un asilo de expósitos, que se llamaba Prijut Karnilow. Ya grandecita, la enviaban a la escuela común y a la hora de la salida, iba a buscarla la portera del asilo.

Era la hora en que las chiquillas, de siete a doce años, regresaban coquetuelas a sus casas, donde las esperaba el samovar, las confituras, los bizcochos, el pan, el queso, los bollos y acaso el chocolate. No tiene usted idea, amigo mío, de lo bueno que son los bombones de chocolate rusos, que se deshacen en la boca. Es deplorable que la revolución no haya tenido en cuenta el daño que podía traer para las fábricas de bombones.

A esas chiquillas las llamaban por su nombre a medida que llegaba alguien de sus casas para llevárselas.

—Olga Paskow... Tatiana Krilow... Raissa Seebenko... Vanda Krumenski...

Pero cuando llegaba el turno a la pobre Zina Seerkow, ¿sabe cómo la llamaban?: ¡Hospicio!, ¡Asilo! simplemente: "Prijut", en ruso.

—¡Prijut Karnilow!

La primera vez apenas daba crédito a sus oídos; pero el llamado fué repetido:

—¡Prijut Karnilow!

Ella había contado a sus compañeras de colegio una cantidad de amables embustes, como se acostumbra a esa edad.

Su papá era general—¿quién no era general en Rusia antes de la guerra?—y poseía hermosos caballos, muchos soldados que le servían, y una gran esmeralda verde,—la niñita creía que había esmeraldas rojas y amarillas,—en la empuñadura del sable que le había regalado el zar. Las compañeras reían de placer por contar con una compañera tan amable; y ella también reía, según me dijo, ya por la diversión de inventar mentiras, ya por la satisfacción de considerarse la igual de esas chiquillas golosas y soberbias. No había hablado de su mamá por no haber logrado aun inventar una imagen de ella suficientemente bella; pero la habría inventado, al día siguiente quizás, con la grotesca y monstruosa imaginación de los niños. Ella reía plácidamente... cuando resonó, por dos veces, el llamado:

—¡Prijut Karnilow!

La pobre Zina quedó como atontada; miró en torno suyo, esperando que a ese llamado del asilo contestara alguna otra; pero todas sus compañeras miraban a su vez un poco sorprendidas: ¿quién era la expósita?, ¿quién la que había sido recogida en la calle, por caridad?

Se acercó la portera; puso una mano en el hombro de Zina, y dijo:

—Te llaman. ¿No eres tú del asilo? ¿No oyes que te llaman Prijut Karnilow?

Las otras la miraban estupefactas: ¡era ella, la expósita!, ¡la que había ingresado ese día!

—¡Ah, pícara! —exclamó Vanda Krumenski,—¡las mentiras que nos ha dicho!

—¡El papá general con una gran esmeralda!,—intervino Olga Paskow, echándose a reir,—¡si no tiene papa!

—Y apuesto a que ni siquiera tiene mamá,—dijo Luboh Berlejew, riendo también.

Reían todas, en círculo alrededor de Zina Seerkow, que permanecía con la cabeza baja, sin llorar, fría, huraña, mirando de través a las compañeras inconscientemente crueles.

—¡Déjenla pasar, niñas! —dijo la portera.

Y Zina pasó entre las risas frescas y cortantes de las compañeras.

—Saludos al general, —le gritó Vanda.

No lloró. Desde ese momento Zina Seerkow odió el mundo, la vida, las mujeres, y ya no supo reir, porque las otras reían demasiado y le causaban miedo; no sabía miedo de qué, pero cuando oía reir se sobresaltaba como si un latigazo cayera muy cerca de ella...

Desde ese día y durante todo el tiempo que frecuentó la escuela, no tuvo otro nombre sino aquel que tanto la hacía sufrir: asilo, "Prijut". Y aprendió así a odiar en vez de reir, a odiar con fuerza y con la larga injusticia de los desheredados.

Sabe sonreir, como le decía. Su sonrisa es bellísima y algunas veces un poco velada.

La alcé del suelo esa noche del relato, y la besé castamente en la frente. ¡Pobre muchacha gentil, apodada asilo, por tanto tiempo, y en sus años primeros! Comprendí que tenía razones para no reir nunca.

Y decidí, desde ese instante, desembarazarme de ella.

No quisiera que me juzgara usted un simple egoísta, un hombre privado de nobles sentimientos. Pero, considere: me aproximo a una edad peligrosa,—cuarenta y dos años en abril,—en la cual se comete fácilmente una niñería. Si uno no se vigila, si uno no se acostumbra a razonar entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, las niñerías brotan con la rapidez de los hongos después de un día de lluvia.

Entre todos los relatos del pasado que abundaban en los labios de Zina Seerkow, ese solo, ese rasgo nuestro sobre una infancia ignorada y dolorosa, me había conmovido profundamente. Ya no abrigaba disgusto contra Zina porque no reía. Poco a poco crecía en mí una ternura mórbida, un afecto cálido, una solicitud atenta, las cuales me decían que en lugar del capricho estaba naciendo el amor, y en lugar del placer, la pasión...

E imagine lo que hubiera seguido: en vez de ocho meses, la habría tenido conmigo ocho años; habría llegado a los cincuenta. Y un día, cansado, aburrido, acostumbrado a una excelente taza de te, a un buen fuego, y a una amiga de apenas treinta y dos años, habría concluído inevitablemente por decirle:

—Querida amiga: ¿qué diría usted si le ofreciera el título de marquesa de Algamarina?

¡Y me hubiese casado con ella!

Ahora bien; convertirse en marquesa, en millonaria, y acaso en un poco infiel, como es de práctica, sólo por el hecho de que la llamaban Asilo hace diez y seis años, en una pequeña población de Perm, que acaso los revolucionarios han quemado ya con todo lo que contenía, habría sido injusto, habría sido demasiado; un error de línea y de proporción...

Por eso fué que dejé a Zina Seerkow, mi buen amigo. No hay, como uste ve, nada de inconfesable ni de misterioso; puede referir la cosa a quien se le ocurra; hasta le agradeceré que la cuente a muchos; así acabaremos de una vez con las murmuraciones... ¿Se queda usted aquí, en el "tea room"? ¡Ah!: comprendo... Alguna joven norteamericana, alguna admirable rusa fugitiva ¿eh?... Roma es a propósito para estos encuentros... Yo me voy al Círculo.

Extravagancia inglesa

En Londres ha surgido la iniciativa, que por lo menos puede calificarse de extravagante, de organizar una serie de audiciones de óperas malas, o siquiera de las que como tales reputó la crítica de los países que cultivan la creación lírica.

Hay que reconocer un rasgo genial de los autores de esta humorística empresa: empiezan por otorgar el primer turno a la ópera inglesa, hacia la que, ciertamente, no llama a Dios a los compositores británicos.

Dícese, pero el dicho no pasa de murmuración, que el segundo puesto se reserva a Francia, y el tercero a Italia.

Mucho han producido estas dos naciones, y aunque lo malo es seguramente menos que lo bueno, no cabe duda de que no faltará material para los programas.

Y también pudiera suceder—¡quién sabe si es esa una de las finalidades del plan! —que de lo desechado o arrinconado resulte triunfante por la reparación alguna joya postergada y víctima del olvido. Casos de obras silbadas el día de su estreno y después enaltecidas y popularizadas son frecuentes en la historia del teatro.

La rectificación no suele ser manjar que guste a los críticos. La infalibilidad quiere ser profesional. Las masas son de mejor componer.

EL MATRIMONIO Y EL "FLIRT"

LAS INGLESAS

por Jacinto BENAVENTE

Condiciones económicas de la vida moderna han determinado en los grandes centros de civilización lo que ya empieza a definirse por algunos como bancarrota del matrimonio, algo más evidente que la famosa bancarrota de la ciencia que nos señaló Brunetiére.

Como todo problema económico, esto afecta sensiblemente a las clases medias sociales. Para las clases bajas la consagración matrimonial del amor es casi siempre una necesidad y aun supone una economía. El trabajador no dispone de tiempo ni para vagar ni para aventuras amorosas.

En las clases altas, el matrimonio es un lujo, que por ser lujo hasta puede ser por amor en algún caso. Pero, en la mayoría es dos fortunas que se suman, dos escudos nobiliarios acolados; el dinero de un hombre que sufraga el lujo de una belleza o el de una mujer que compra la vanidad de llevar un nombre ilustre, en la política con preferencia, o la más peligrosa de adquirir un hermoso ejemplar masculino de primera fuerza en los "sports".

Pero en la clase media el matrimonio no es apremiante remedio de necesidades, como en las clases bajas, ni es artículo de lujo, como para los ricos.

Una mujer sin dote o heredera de un modesto caudal, un hombre con un sueldo o corta renta procedentes de su trabajo, no puede aspirar a comprar talentos ni bellezas, pero pueden, si los poseen, o creen poseerlos, aspirar a venderlos. El matrimonio puede ser un buen medio para mejorar de posición. No conviene, pues, casarse sin reflexionar, con el primero o la primera que nos enamora. Una cosa es el amor y el matrimonio es otra cosa.

Para el hombre, el problema no es muy complicado. Quiera burlar amante, para declararse después insolvente de matrimonio; quiera formalizarse marido, para declararse después en quiebra de amor, su papel no es difícil: franca acometividad primero, y más franca huida después, en el primer caso; franca y continua acometividad, en el segundo.

Peso las pobres mujeres ¿qué harán en cualquiera de los dos casos? O enamoradas del que no las conviene para marido, o perseguidas por el amor de quien sólo amor busca en ellas, cuando para ellas es el "marido ideal", al que hay que obligar al matrimonio a todo trance. Con el que ama, pero no debe ser marido, ¿hasta dónde resistir el propio deseo? De quien no quiere ser amada, pero debe serlo, ¿hasta cuándo defenderse?

Bien saben las mujeres que el único medio de llevar al matrimonio al hombre que no va para marido, es excitar su deseo, sin satisfacerlo nunca. Conviértese así el amor en juego de amagar y no dar: es la trampa vulgar del fullero, que marca con media moneda, y si llega la de ganar, empuja suavemente la moneda para decir: "¡Va todo!!"; y si perdió, la deja en su lugar, como marcaba, para no perder todo y poder desquitarse en otra talla.

En este dificilísimo arte de convencer amantes sin llegar al matrimonio, o de llegar al matrimonio sin arriesgarse a caer en amante, la mujer inglesa es maestra insuperable. Verdad es que todo la favorece. En lo físico, su mirar candoroso, la frescura infantil de su cara, su hablar dulce, interrogante, como de niño curioso que todo lo ignora y todo se atreve a preguntarlo. En lo moral, la altivez de su raza, la suprema distinción que posee la sociedad inglesa para no darse por entendida de lo que no conviene enterarse, la caballerosidad de sus hombres, que saben guardar secretos de amores.

Esta es condición indispensable, y con esta dificultad luchará siempre la mujer meridional en estas horas en que Don Juan lleva por índices sus conquistas para "flirtear" con resultado. Desde el momento en que los hombres sean alabanciosos, se destruyó el mayor encanto del "flirt", que está, sobre todo, en no saber hasta donde llegó.

¡El "flirt"! ¿Qué otro medio de contrarrestar esta bancarrota del matrimonio traída por la carestía de los alimentos y de todo lo que alegra y embellece la vida? ¿Qué podéis hacer vosotras, pobres mujeres, puestas siempre en el dilema de parecer ligeras si no sabéis defenderos, calculadoras, si os defendéis demasiado, sino entregaros al dulce "flirt", simulacro de amor, que, sin bajas sensibles que lamentar en vuestra virtud, puede llevaros alguna vez a la victoria definitiva del matrimonio, con un dominio, en cambio, de la táctica amorosa, que vuestro marido será el primero en agradeceros?

Bibliografía

Entre los últimos libros nacionales, se destaca por la originalidad de su título, y por la nitidez de su presentación, una obra titulada "La vanidad criolla", publicada por la "Editorial Tor".

Su autor, don Rómulo Bayá, ha escrito un libro del mayor interés para el estudio de la sociedad argentina.

En forma dialogada, un francés y un criollo debaten las apariencias de varios sectores sociales al través de una serie abundante de casos prácticos para concluir con más o menos convicción en que una buena parte de las actitudes públicas es debida a la que da título al libro, o sea a la vanidad criolla, la cual, en opinión del extranjero, conocedor profundo del vivir argentino, constituye un obstáculo para realizar rápidamente un progreso positivo en la evolución de la patria.

El señor Bayá termina la exposición pintoresca de ciertas costumbres indígenas, analizadas en un estilo correcto y claro, con un capítulo altamente patriótico, desde el cual se otean las múltiples y excelentes cualidades de la nación, que reclaman hombres de buena voluntad, vengan de donde vinieren, y ciudadanos dignos; es decir: inteligentes, laboriosos, fieles a un espíritu de amor y ecuanimidad, bases fundamentales de un gran porvenir, que bien se merece la Argentina.

Es, en resumen una obra que merece leerse, y ha de llamar la atención pública por algunas "verdades" que si bien conocidas y aceptadas, no acostumbramos verlas impresas en libro.

Hemos recibido:

El país del prodigio. (Primera parte), por Adolfo Vázquez-Gómez.

Psicología del compadre, por el doctor Teodoro de Urquiza.

Acacia de Firence, novela por Adolfo Venturini.

De las horas pasadas, poesías por Ricardo M. Llanes.

Boletín de la Sociedad de Socorros Mutuos del Tranvía Anglo Argentino. Año II. Número 14.

Proyecto de empréstito interno de mil millones de pesos m/n., por Luis F. Pagola.

Cooperación policial de los pueblos civilizados.—Notas, comentarios y antecedentes de los Congresos Policiales de Buenos Aires 1905-1920; Madrid, 1909; San Paulo, 1912; Wáshington, 1913; Mónaco, 1914; Nueva York, 1922, por Juan Antonio Claro.

Fábulas y cuentos populares, por Montiel Ballesteros.

Boletín de la Unión Panamericana. Abril 1923.

El Crisol. Año I. Núm. 2.

MEDITACIÓN ANTE UNA IMPRENTA

por AZORÍN

Es una imprenta chiquita, reducida; consta de algunas cajas de tipos y de una maquinaria de mano. Un tipógrafo y dos mujeres trabajan en ella. Nos inspira vivísimo interés el espectáculo. A nuestra mente acude una muchedumbre de recuerdos. Toda nuestra vida de escritor surge evocada en un momento. No hay categorías en la dignidad de los oficios; todo trabajo es igualmente noble. Pero acaso, el trabajo del tipógrafo merece una distinción especial. El trabajo del tipógrafo es para nosotros, periodistas, la noche, la vista y los nervios. La imprenta lo abarca y simboliza todo. La imprenta va desde el papel blanco, nítido, hasta el muchachito que vocea el periódico en la calle. La imprenta es un cerebro que se inclina bajo la lámpara, sobre unas cuartillas. Y luego, el movimiento rápido de la mano al escoger las letras de la caja, o el ruido de la linotipia; y después el sordo estrépito de la rotativa.

Hay una cosa sutil, impalpable, etérea, en el mundo: la idea. En un cerebro se asocian o disocian ideas, se establecen relaciones entre las cosas. No es tanto lo que se acaba de hacer; ningún signo externo lo demuestra; todo en la realidad intrínseca sigue lo mismo. Lo que se acaba de producir en una masa cerebral es incoercible. Y, sin embargo, esta cosa impasible poco a poco va a concentrarse, a tomar forma, a determinar una prodigiosa actividad entre los hombres; se escribe; se va; se viene; funcionan pequeñas y rápidas máquinas, se ponen en movimiento poderosas rotativas; millares de grandes hojas son vertiginosamente plegadas y luego desplegadas por todos los ámbitos de una nación, de un continente. Todo esto lo ha hecho esa "neblina" sutil, impalpable, que ha nacido en el cerebro. No ha terminado con el veloz desparramamiento de las horas diarias, el camino de la idea. Este pensamiento que en el silencio, en la paz profunda de la noche, un hombre está expresando en la blanca cuartilla, ¿hasta dónde llegará? ¿En qué cerebros lejanos irá a germinar, a través de la actividad febril de la imprenta, del estrépito de las rotativas y del vuelo de los millares de hojas? ¿En qué acto, concretamente, se resolverá esa idea? ¿Qué manos hará mover esa idea y qué hechos realizarán esas manos?

Ante la puerta de la imprenta en la vieja callejuela, nos perdemos en el ensueño. Estamos tentados de creer que la idea exclusivamente gobierna el mundo. Por encima de los intereses económicos, por encima de la materia, están las ideas. Nos sentimos profunda, íntimamente ligados al pasado, a un pasado de trabajo intelectual, de sacrificios penosos por un ideal, de heroísmos en que se muere por una religión. Cuando a través de los vidrios opacos, turbios, de la puerta, vemos dentro, en la imprenta, al tipógrafo inclinado atentamente sobre la platina, nos sentimos enlazados con Spinosa, con Descartes, con Kant. Todos estos hombres, engranados en la corriente de las generaciones, sometidos como nosotros a la fuerza de lo pasado, han introducido, sin embargo, una variante, una diferencia en la tradición.

Todo lo que ellos recibían y aceptaban del pasado, estaba bien; no podían rechazarlo. Pero, en el acervo de los siglos, en la aprobación milenaria, calladamente, en la paz del trabajo (tal vez en la noche, bajo la lámpara) ellos ponían un elemento nuevo, y esa "variante" iba poco a poco ganando cerebros humanos, fortaleciéndose, agitándose, hasta desviar la inmensa y formidable corriente de la tradición. Hasta los autores del siglo XVII ha llegado—desde Plinio—la leyenda de un pececillo "echeneis" que, poniéndose delante de una poderosa nave, la detiene en medio del mar. La sutil neblina de Spinoza, de Descartes, de Kant, no era nada en el inmenso mar de la tradición y lo era todo. Era el pececillo "echeneis" que ha detenido al navío de los prejuicios, de los errores y de las supersticiones.

¡Oh, tipógrafos silenciosos, afanosos, que trabajáis en la imprenta de la Cava Baja! ¡Oh, tipógrafos del mundo entero que trasladáis desde las cuartillas a los millares de libros o millares de hojas cotidianas la niebla sutil del pensamiento! Vuestro es el mundo. En el engranaje del trabajo universal vosotros sois los que suministráis la idea directriz. Cada gesto vuestro, en la modesta imprentita o en el taller de un gran rotativo, tiene su trascendencia. Poned fervor, unción en vuestro arte. Si otras artes mecánicas, lo hemos dicho al principio, merecen atención—todas la merecen—la vuestra, la nuestra, la de los que escribimos, la de quienes imprimen lo escrito, es sagrada. Que haya siempre en las artes de escribir y de imprimir el pensamiento de un sacerdocio. Esa idea que se lanza al mundo puede ser vida y puede ser muerte. ¡Que sea siempre humana, libertadora, progresiva! ¡Que sea realizadora del derecho! En la lucha contra el dolor, nosotros, escritores, tipógrafos, debemos dar la incitación alentadora.

DURA PREGUNTA



—¡Es extraño! Nunca he jugado tan mal.
—¡Ah! Pero, ¿ha jugado usted alguna vez?

AMOROSA

Quemóme el vivo carmín
de tus labios ardorosos,
cuando los dos animosos,
no llorábamos de esplín.

Estaba ya en el confín
el sol. Y tu, con sonrojos,
quisiste cerrar mis ojos
con espléndido mohín.

La plenitud fué dichosa
para la cita armoniosa
bajo el encanto del cielo;

y al avivar los amores
curaste bien mis dolores
con tu piadoso consuelo.

Oscar Alberto Ibar

Gente que come barro

Uno de los manjares favoritos de los indígenas del Congo, son unas tortas de barro, que aquellas felices gentes comen con mucho placer. En vez de harina, los congoleses emplean para sus tortas dos clases de tierra, una amarilla y otra gris, compuestas ambas de ácido silícico, sodio y óxido de aluminio, más un poco de hierro, y en la tierra amarilla cierta cantidad de arena.

Por rara que la cosa parezca, no es el Congo el único país en que semejante costumbre se observa. En los Estados Unidos del Sur también hay gente que come arcilla, una arcilla grasienta, pero nada agradable como comestible. Su única ventaja está en su baratura. Dícese que mucha de esta arcilla se lleva a otros países para adulterar ciertos alimentos, de modo que es muy probable que muchos de nosotros seamos también geófagos sin saberlo.

Los indios de Guatemala comen a veces unas figurillas hechas de barro húmedo, y en Java es costumbre tomar como golosina unas figuras parecidas a las del mazapán que entre nosotros se venden por Noche Buena, pero hechas de arcilla amasada con agua y cocida luego en una sartén de hierro.

A propósito de un proceso

Un médico es llamado para atender un enfermo. Se equivoca en el diagnóstico: propone una operación, la ejecuta y el enfermo se muere.

¿Es responsable ante la ley? ¿Debe ir a la cárcel y pagar daños y perjuicios? Esta ha sido la tesis que se discutió, hace poco, en el tribunal de Evreux y que por su importancia ha tenido intensa repercusión entre los médicos.

El caso que determinó el proceso tenía además su nota extraordinaria, que lo hacía interesante.

Una viuda respetable consultó, por un tumor al vientre, a su médico. Este creyó oportuna una operación. Al efectuarla se hizo evidente que el tumor era de aquellos que desaparecen solos, casi siempre a los nueve meses. Es de imaginar que el cirujano se ofuscó ante tan inesperado y desagradable descubrimiento. Su técnica operatoria tal vez resultó deficiente, y el resultado fué el fallecimiento de la viuda, que pagó así muy caro el error de no confesar al médico su falta.

De paso diré que, contrariamente a lo que se cree, el diagnóstico que debía haberse hecho es sumamente difícil algunas veces. Errores semejantes por médicos ilustres se registran en los libros de obstetricia. Nadie imagina la angustia del médico cuando se le presenta una mujer temblorosa, anhelante, que con voz entrecortada por la emoción, le exige un diagnóstico terminante: sí o no.

Son situaciones dramáticas, que dejan una impresión profunda y exigen de parte del médico nervios bien templados.

Lo notable es que el público, que para el curandero tiene una benevolencia increíble, tanto que es raro conseguir testigos para denunciarlos, es muy exigente con los médicos. La prensa refiere constantemente casos de personas que mueren por culpa de curanderos: nadie se conmueve. Viceversa, sobre todo en el chismoso ambiente provinciano, la vida profesional del médico es objeto de comentarios cotidianos, y no se le perdona los fracasos inevitables.

Se argumenta: ante la ley todos son iguales, y si todos los ciudadanos responden por los daños que causan a terceros, los médicos también deben responder de sus errores, siendo inadmisible que gocen de privilegio.

Lo inadmisible es pretender que sean infalibles como el papa y que sus errores sean juzgados por jueces que también se equivocan en sus sentencias y saben derecho pero no saben medicina.

Plutarco, en la vida de Alejandro, cuenta que el médico Glauco fué condenado a muerte por haber abandonado Hefesio, enfermo de gravedad, para ir al teatro.

Esta es una culpa de la cual debe hacerse responsable el médico. Pero en las culpas profesionales hay que proceder con mucha cautela, en interés de los mismos enfermos.

Se sabe que los pobres, operados en los hospitales, tienen más probabilidad de salvarse, en los casos difíciles, que los ricos que se hacen operar a domicilio. Las miradas ansiosas de los parientes, las preguntas inoportunas, a veces hasta los insultos, marean al cirujano, y le enturbian la visión neta del procedimiento más eficaz. En el hospital, a puerta cerrada, libre el espíritu de preocupaciones ajenas al acto operatorio, el cirujano se siente dueño de su mano y opera en condiciones inmejorables.

Cuéntase que cuando Corvisart fué llamado para asistir la emperatriz, Napoleón, notando su turbación, porque se trataba nada menos que del nacimiento del heredero de Francia, le dijo: "Olvide que se trata de la emperatriz. Haga cuenta que está en presencia de la más humilde parturienta en su hospital."

Los médicos deben en su conciencia tener la norma de su conducta, y nunca debe agitar su espíritu el miedo a la cárcel. En todo caso, es un tribunal de colegas que debería juzgarlos. El veredicto sería más justo y eficaz.

Dr. Colapinto

Tres Arroyos.

La clepsidra

Así como nosotros nos servimos del reloj, que nos da la medida de las horas, lo cual nos permite reglar los actos todos de la vida, ¿de qué instrumento se valían los antiguos para medir el tiempo?

No se sabe; como tampoco se sabe a ciencia cierta, a pesar de lo mucho que se ha estudiado y discutido, el sistema empleado para establecer las horas en la antigüedad remota.

Lo que sí se sabe es que, ya en el período histórico, aparecieron la clepsidra y el reloj de arena.

El arqueólogo alemán Hermann Diels, en su reciente libro "Técnica antigua", da algunas noticias interesantes respecto al asunto.

Se ignora quien inventó la clepsidra.

En el siglo V, antes de Jesucristo, era de uso común en Grecia, tanto en la vida pública como en la privada.

Era un vaso panzudo que terminaba en un cuello y tenía el fondo en un colador. Puesta en un recipiente con agua, se iba llenando lentamente por los agujeritos del fondo. El tiempo que el agua tardaba en subir en el vaso marcaba las horas.

En los tribunales había siempre una clepsidra para medir los discursos de los contendientes, que no debían hablar más uno que otro. La importancia de la causa determinaba la cantidad de agua que se asignaba a cada parte... Por ejemplo, en un pleito en que se litigaba por valor de 5.000 dracmas, la cantidad de agua asignada a los oradores era de 10 "cañas" (unos tres litros y cuarto). En los asuntos en que era parte el Estado la cantidad de agua concedida se aumentaba notablemente.

Los romanos adoptaron la clepsidra con el mismo objeto.

Junto al reloj de agua se situaba su guardián, que tenía la misión de permitir o interrumpir, según los casos, la afluencia del líquido, destapando o tapando con un dedo el agujero del cuello de la clepsidra. El acusador daba la orden oportuna al esclavo diciéndole: "Cierra el agua" o "Deja correr el agua".

También en los comicios del pueblo se usaba la clepsidra.

Una inscripción hallada en la ciudad de Giaso revela que en la iglesia había una clepsidra colocada a siete pies del suelo, para que todos pudiesen verla.

Los soldados, en el siglo IV antes de Jesucristo, se servían de la clepsidra para marcar la duración de las guardias y el momento de su relevo.

La noche estaba dividida en cuatro vigilias de tres horas cada una; pero las horas eran más o menos breves, según la estación del año.

En la práctica judicial, en el Atica, se atendió a reparar ese inconveniente midiendo el máximum de agua según la jornada más corta.

UNA CURA, por Bernardo GERVAISE

Cuando, por casualidad, mi tío César no se hallaba demasiado borracho para ponerse de pie, alcanzaba a los cinco pies seis pulgadas de estatura, lo que, agregando los otros dos pies que debía a la liberalidad de la naturaleza, hacían de él un eminente ejemplar humano.

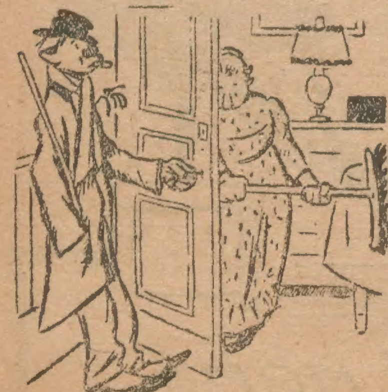
Esta belleza viril era realzada aún más por una sorprendente uniformidad de color entre las diversas partes de su individuo expuestas al aire libre: tenía cabellos rojos, mejillas rojas, nariz roja, orejas rojas y rojo, por fin, el blanco del ojo.

Además de sus cinco pies y seis pulgadas y cabellos, mejillas, nariz, orejas y blanco (rojo) de los ojos, mi tío César poseía una esposa,—mi tía, por consiguiente,—que aunque no era roja, no dejaba de ser de un carácter violento.

A propósito: jamás supe si mi tía había adquirido ese carácter a fuerza de vivir al lado de un borracho, o si, por el contrario, mi tío César se había entregado a la bebida por la desesperación de haberse casado con una mujer así. O eran, respectivamente, borracho y de genio de mil diablos antes de casarse, y sus respectivos padres se apresuraron a unirlos, a fin de librarse de ellos.

Lo cierto es que mi tío y mi tía, constituían un matrimonio bastante bueno, pues mi tío pasaba la mayor parte de su tiempo ingiriendo licores fuertes, y mi tía tratándolo de haragán, borracho e inútil.

Todas las noches, después de numerosos partidos de malilla, mi tío



César apostaba con otros honorables bebedores, empinarse doce copitas de anís, mientras sonaban las doce campanadas de medianoche. Sonaban las doce campanadas, mi tío se incorporaba las doce copitas y ganaba la apuesta, cuya prenda consistía en tomar otras copas al día siguiente. Hecho esto, regresaba a su casa, y mi tía que lo esperaba detrás de la puerta, empuñando un palo de escoba, le cubría de golpes en toda la extensión de sus cinco pies y seis pulgadas.

Las cosas marcharon así, a satisfacción de ambos cónyuges, hasta el día, ya lejano, en que las autoridades resolvieron cambiar la numeración de los relojes, y elevaron a veinticuatro el número antiguo de doce. Esa misma noche mi tío se creyó obligado a beber veinticuatro copitas en vez de doce. Este acto de probidad provocó un vivo entusiasmo entre los circunstantes, pero esa noche mi tío no regresó a su hogar.

Cansada de esperarlo, mi tía salió en su busca, y no tardó en hallarlo profundamente dormido en un banco del bulevard, en las cercanías del teatro de sus hazañas.

—¿Qué haces aquí, pedazo de odre?—le preguntó, sacudiéndolo de un brazo.

César abrió un ojo, asustado, reconoció a su mujer y dijo a manera de disculpa:

—Ya lo ves, querida, el almacenero acaba de cerrar, y yo... espero que vuelva a abrir.

La notable presencia física de mi tío, le proporcionó un puesto de primer orden.

Desempeñaba en una sociedad de temperancia funciones sencillas y poco absorbentes. Todo lo que se exigía de él era que asistiera asiduamente a las conferencias de propaganda organizadas por esa bené-



fica institución. Cuando el orador de la casa había terminado su discursito tendiente a demostrar los peligros del alcoholismo, César se adelantaba en la tribuna y esclamaba:

—¡Vean, señores, a lo que el alcohol puede llevar a un hombre! Vean mi cara arrugada prematuramente, mi nariz roja, mis ojos inyectados, mis manos trémulas y mis piernas cubiertas de várices. ¡Ah, jóvenes! Oid un consejo: ¡no bebáis jamás!

Después de eso pasaba por la caja, recibía su remuneración y se iba a una taberna cercana a paladear tres o cuatro aperitivos.

Desgraciadamente, un día, arrastrado por su fogosa improvisación, vió un vaso olvidado por el conferencista precedente y se bebió, de un trago, el contenido.

Era agua. Estuvo enfermo como un perro durante ocho días, al cabo de los cuales envió su renuncia a la sociedad. Por otra parte se le había ofrecido un puesto de más primer orden que aquel en otra rama de la industria.

Esta vez se trataba de hacer propaganda para un nuevo aperitivo, "El Fulminante". Mi tío penetraba en un despacho de bebidas cualquiera, durante las horas de mayor afluencia, y a la pregunta del mozo: "¿Desea, el señor?" mi tío adoptaba un aire indiferente o indeciso.

—¿Por qué no prueba un "Fulminante"?—insinuaba el mozo.

—Bueno... venga un "Fulminante"...

Servido el "Fulminante", César humedecía en él los labios desganados, e inmediatamente su rostro se animaba, sus ojos brillaban.

—¿Sabe, mozo, que esto es algo famoso?—exclamaba, apurando el vaso.

Y, en seguida, en menos tiempo del que se tarda en referirlo, se zampaba una media docena de "Fulminantes".

Al cabo de dos o tres semanas de esta propaganda habilísima, el "Fulminante" estaba "lanzado" y mi tío había perdido el apetito por completo.

Consultado un médico, puso una cara lúgubre, como si él mismo hubiese sido atacado por una enfermedad grave.

—Es cosa muy seria,—dijo a mi tía.—Su marido está literalmente saturado de alcohol; el día menos pensado, al encender la pipa, se encenderá él mismo como un tazón de ponche.

—¡Oh!—exclamó mi tía, impresionada.—¿Y después, doctor?

—Después se apagará.

La conclusión era la de que César



debía dejar de beber lo más pronto posible y volver a comer. Dicho esto, el médico se lavó las manos y se retiró después de recibir el importe de su visita. ¡Cuán cierto es que siempre habrá gente capaz de ganar dinero con la desgracia ajena!

Mi tía reflexionó entonces que si su marido moría, se quedaría sola en el mundo, lo que es una cosa horrible para una persona de mal genio. Resuelta a salvarlo, costara lo que costara, corrió a la farmacia de la esquina, y el boticario le cedió,—mediante su precio,—un instrumento de cura maravillosa: "La ebriedad vencida. Treinta años de éxito", decía la etiqueta.

César, demasiado atontado para oponer una resistencia seria, tuvo que tragar la droga. Al día siguiente, creyó que se sentía mejor.

—Veamos,—dijo mi tía, radiante de esperanza,—¿no empiezas a sentir apetito?

—Bah...

—¿Comerías algo? Dime lo que te agradaría.

Entonces, mi tío, después de reflexionar:

—Hazme una tortilla al ron.

Y al cabo de otra reflexión:

—Pero... casi sin huevos, ¿eh?

Usinas de Krupp en Chile

Era a mediados de marzo; estábamos en Essen y oímos el rumor de haber llegado un vapor trayendo carbón chileno. Era el ''Theben'', que por cuenta de la firma Krupp había fletado unas 600 toneladas de carboncillo lavado de las minas al sur de Chile.

En nuestro natural interés de todo lo que se relacionase con nuestro país, nos propusimos estudiar el objetivo de tal embarque. A los pocos días, supimos que se deseaba hacer un ensayo en grande, sobre este producto de Chile, y supimos también, que al confirmarse el buen resultado — dado anteriormente en pequeña cantidad — la firma adquisitora entraría en relaciones comerciales para obtener el combustible en cantidad suficiente para abastecer los países sudamericanos de coke metalúrgico y abordar a posteriori, la fabricación del acero y que según estudios hechos por comisiones informantes tendría gran desarrollo en todo Sud América.

El tiempo, y ya ausentes de esa ciudad, nos ha venido a confirmar nuestras patrióticas expectativas; que fuese en Chile donde se instalasen estas importantes industrias.

Ahora, ante los acontecimientos últimos, y cuando vemos que Essen, esa gran ciudad industrial, por excelencia, está siendo el punto principal de las incidencias internacionales, nos permite ver con más claridad los propósitos de Krupp, y nos confirma la visual tan certera que esta importante firma tiene para todo aquello que se relaciona con las industrias.

Las maquinarias necesarias, los procedimientos convenidos y los técnicos experimentados, saldrán de allá para llegar a un país donde se les ofrece deferencias, tranquilidad y comercio seguro ante los países vecinos.

V. FALLEUTERZ.

AYER...



...Y HOY



Compensaciones económicas.

Dib. de Rojas.

EL GRAN AMOR DE PEDRO EL GRANDE

La criada a quien adoró y cuyo amor le hizo morir

Marta Skowaronskaia, se hallaba al servicio de un pastor protestante sueco, cuando durante la guerra entre Rusia y Suecia fué hecha prisionera.

El día de su coronación como zarina, un soldado decía:

—Todos la vimos cuando la trajeron prisionera; no llevaba más vestido que una camisa, y la guardia encargada de vigilarla, tuvo que cubrirla con un caftán.

Aquella joven criada, tan bella como ligera de ropa, produjo en el corazón de Pedro el Grande una impresión tan profunda, que el zar la agregó desde luego a la alta servidumbre de su hermana Natalia.

El amor de Pedro hacia ella fué cada día en aumento, y el nacimiento de una hija hizo pensar al emperador seriamente en casarse con ella, y así lo hizo al regreso de una de sus campañas.

Durante sus continuas ausencias, el zar no dejaba de pensar en la "amiga de su corazón", enviándola a cada momento cartas y regalos.

Conociendo el interés que por su esposa tenía el emperador, las damas le enviaban noticias de Catalina a cada instante. Una de ellas, Anastasia Petrona Galitzine, le escribía: "Amado señor, padre querido: Deseamos que volváis cuanto antes. Su majestad la emperatriz no descansa más de tres horas cada noche, y yo velo sin separarme de ella. Mi compañera Kiriloy duerme al pie de la cama, y cuando la emperatriz la pregunta: "¿Duermes, hija mía?"—ella responde:—"No, no duermo; estoy mirándome las zapatillas".

Es realmente notable que aquella mujer sin instrucción, que ni siquiera sabía escribir, ejerciese influjo tan grande sobre el emperador; y es que tenía talento innato y supo hacer suyas las alegrías y las tristezas de su esposo, interesándose en sus necesidades, en sus deseos y en sus asuntos todos.

En las cartas de aquel matrimonio singular, se encuentran a veces bromas como ésta, que Pedro escribió a Catalina: "¿Si me escribirás para consolarme, y en realidad estarás deseando que no vuelva a tu lado porque has escogido a alguno más seductor que yo? Dime cómo es tu elegido. Eso es lo que vosotras las jóvenes reserváis con frecuencia a los viejos". La mayor parte de las bromas del zar se fundaban en los quince años que llevaba a su mujer; pero en el fondo se sentía envejecer de veras, se encontraba triste y más débil cada día.

Catalina no sólo era más joven que su esposo sino hermosa. Los retratos de la época la presentan con soberbia cabellera negra, lindos labios rojos animados por graciosa sonrisa, ojos brillantes ardiendo en amor, sonrosadas mejillas, cuello esbelto y blanco y hombros intachables. Separada constantemente de su marido, aun cuando ella también le expresaba entre bromas y veras su tristeza y sus celos, no era mujer apropósito para pertenecer por entero a un ausente y concentrarse en sus penas, sus celos y su amor. Necesitaba alguien que la consolase, y ese alguien fué Guillermo Mons.

De ayudante del zar, Guillermo Mons ascendió a gentilhombre de la corte, dícese que a instancias de Catalina. Pronto fué Guillermo el verdadero soberano de Rusia. Ante su extraordinario poder, boyardos y príncipes se inclinaban respetuosos, y Guillermo les repartía sus favores haciéndoselos pagar con creces. Gracias a las largas ausencias de Pedro, y a lo quebrantado de su salud, el poder de este Godoy ruso duró ocho años, hasta que un día, dos meses antes de su muerte, el zar supo por un anónimo que Guillermo Mons le suplantaba, no sólo como zar, sino también como esposo.

El golpe fué terrible, dado el tierno amor que el emperador sentía por su Catarinuska. Aquella misma noche mandó detener a Guillermo, y a la mañana siguiente le llamó para interrogarle. De tal modo se enseñoreaba el terror en el miserable gentilhombre, que a la sola vista del zar cayó desvanecido. Pocas horas después, por las calles y plazas de Petrogrado, un grupo de soldados anunciaba a son de tambor, que todo el que hubiese hecho favores o entregado dinero a Guillermo Mons, o conociese a los que lo habían hecho, estaba obligado a declararlo, bajo la pena de severos castigos.

Al día siguiente, 15 de noviembre de 1724, en todas las esquinas de la ciudad aparecía el siguiente cartel:

"Mañana, 16 de noviembre, a las 10 de la mañana, en la plaza de la Trinidad y por orden del zar, tendrá lugar la ejecución del ex gentilhombre de la corte, Guillermo Mons, condenado a muerte por estafa. Sépase que Mons, abusando de los poderes de su majestad, y de su categoría, ha contribuído a la impunidad de los defraudadores recibiendo de ellos enormes pagas."

El día 16, en efecto, fué decapitado Mons en la plaza pública, donde previamente se habían fijado listas de las cantidades y objetos recibidos por el traidor, con los nombres de los que las habían entregado.

Y cuenta un testigo ocular, que aquel mismo día, estando todavía en la plaza el cuerpo del ejecutado, el zar fué en trineo a enseñar a la emperatriz la cabeza de Guillermo Mons.

Terminada la trágica escena, el emperador rompiendo de un puñetazo un magnífico espejo de Venecia, le dijo:

—Un solo puñetazo me ha bastado para destruir este precioso objeto; una sola palabra me bastaría para volverte al polvo de donde te levanté.

—En efecto—replicó Catalina mirando al monarca con expresión humilde y dulce a la vez:—Acabáis de destruir uno de los más bellos adornos de este palacio; pero ¿creéis que por eso estará el palacio más hermoso?

También se refiere que el zar dió orden de poner un cubo conteniendo la cabeza de Guillermo en la habitación de la zarina. A no ser por los ruegos de sus ministros, que persuadieron a Pedro de que la muerte infamante de la madre pesaría sobre sus hijas y las impediría encontrar esposo, la misma Catalina no hubiera escapado a la muerte. El furor del zar era tal, que hasta quiso matar a sus hijas, y lo hubiera hecho a no salvarlas su aya francesa, que las escondió bajo una mesa hasta que hubo pasado aquel acceso de cólera imperial.

A los dos meses de la catástrofe, el 27 de enero, el gran emperador murió, y Catalina empezó a reinar en medio de universales felicitaciones. La del chá de Persia era muy curiosa. Decía así:

"Espero, hermana amada, que Dios no te habrá castigado con la afición a las bebidas fuertes. Yo que te escribo, tengo los ojos como dos rubíes, la nariz color de carbón y las mejillas rutilantes de fuego; y todo gracias a esa miserable costumbre que noche y día me tiene clavado en el lecho."

EL MALDITO 13, por F. GONZALEZ RIGABERT

Siempre tuve por ridícula y sin fundamento la superstición — cualquiera que fuese,—que, arraigada desde su juventud y aun desde su niñez en la mayoría de las gentes, les amarga la vida, haciéndoles ver negro hasta lo que para otros ofrece los más bellos y risueños colores.

De las varias supersticiones (el tuerto que se nos cruza en el camino, el entierro encontrado al paso; la sal, el aceite, la tinta que se derraman; el paraguas abierto dentro de una habitación, y tantísimas otras cosas que para los supersticiosos poseen la virtud del maleficio), hacíame sobre todo gracia la superstición del 13—quizá la más extendida,—y eran para mí quienes la padecían gentes ignorantes o apocadas, incapaces, desde luego, de razonar la desgraciada influencia de esas dos cifras, que forman lo que el vulgo llama la docena frailera.

Hace unos días, sin embargo, me siento, a pesar mío, muy preocupado: veo encanecidos súbitamente mis cabellos y contraída de continuo mi frente con arrugas de vejez prematura. Débese ello a mi repentina creencia de que el número 13 atrae irremediablemente la desventura sobre las personas. Vais a saber por qué, y os explicaréis mi preocupación.

La otra tarde—¡era fecha 13, y recuerdo que marcaba las trece el reloj del Ministerio!,—un amigo supersticioso y yo subimos en la Puerta del Sol a un tranvía de las Ventas. Frente a nosotros, una mujer del pueblo, una de esas artesanas sencillas, de carácter franco y simpático, daba vivas muestras de satisfacción, hablando muy comunicativa con sus compañeros de asiento y riendo satisfecha al mostrarles su billete con el número 24.142, "un capicúa de la buena suerte".

Mi amigo, al oírlo, hizo un gesto agrio.

—¡Hum!—refunfuñó a mi oído.—Ese es un número fatídico.

—¿Usted cree?—le dije irónico.

—Sume usted—añadió—sus cifras, y verá que dan un total de 13. ¡Presagio siniestro!

Momentos después, cuando nos apeábamos del tranvía, el supersticioso miró con ojos de lástima a la mujer del capicúa; seguramente augurábale una tremenda desgracia...

Y me contó, a propósito, la vida y el trágico fin de don Senén Campazas, su antiguo compañero de oficina, una víctima del maldito 13.

Don Senén Campazas fué, con seguridad, el hombre más desgraciado de su época, y no a otra cosa que a la influencia del 13 debióse, a no dudar su desgracia.

Había nacido el día 13 de noviembre, en el piso entresuelo—de trece escalones—de una casa señalada con el número 13.

Huérfano de madre a los trece meses y trece días justos, pasó su primera infancia al cuidado de una vieja criada, mujer gruñona y desprovista de afectos, que frecuentemente lo sometía a muy duros castigos por las más leves faltas, disculpables todas en esa edad irreflexiva de los niños.

Con la fecha en que Senén cumplía los trece años, hubo de coincidir la muerte repentina de su padre, a los postres de un banquete de trece comensales... Falto de bienes de fortuna, empezó entonces para el muchacho un nuevo calvario: el de tener que ganarse el sustento por sí mismo. Y al cabo de muchos días sin pan y sin lecho, vagando por calles y plazas, mal alimentándose, cuando podía, con las sobras del rancho de los cuarteles, entró a prestar servicio de amanuense en el despacho de un usurero, que retribuía su excesivo trabajo con la soldada mensual de trece pesetas...

Así, perseguido siempre por un destino implacablemente adverso, y siempre obsesionado por la influencia del maldito 13, el bueno de Senén, hombre ya hecho y derecho, tuvo otros varios empleos, ninguno en verdad halagüeño, capaz de asegurarle un porvenir tranquilo.

Cierto día encontró en la calle a un antiguo compañero de la escuela, hombre a la sazón acomodado, director de La Confianza, flamante compañía de seguros. Senén le expuso francamente su situación precaria, y, por otra parte, sus deseos, muy naturales, de hallar una posición estable, de crearse un hogar y una familia, como todos los hombres. El amigo, echándole cariñoso los brazos al cuello, exclamó:

—Cuenta desde ahora con mi ayuda. Precisamente, hay disponible en La Confianza una plaza que ya es tuya; y aunque el sueldo no es muy crecido, ello te pondrá en camino de hacerte hombre, todo un hombre.

Iluminóse el rostro triste de Senén con una expresión de regocijo. Por fin—pensaba—,su suerte había cambiado; iba a ver realizado su ensueño de tanto tiempo: casarse, tener una mujer que le amara, unos hijos que alegrasen su hogar y fueran más tarde el apoyo de su vejez.

LA GRAN CUESTIÓN



—Pero, ¿qué hace usted para estar tan gordo?
—Nada.

—¿Y cuánto... — balbucía emocionado—, cuánto dices que voy a ganar?

—Por ahora, trece mil reales.

—¡Trece!... ¡¡Trece mil reales!!—repitió Senén, más asustado que si acabaran de notificarle su sentencia de muerte.

—Pero no te apures; pronto vendrán los ascensos.

—No..., si no es eso, no es eso—musitaba el infeliz, temblando y llenándosele de lágrimas los ojos.—¡Dios mío! ¡¡Trece... mil reales!!

Con todo, aceptó, resignado.

Pero pasaron los años y los ascensos no llegaban... Muy por el contrario, los negocios de "La Confianza" hacíanse cada vez menos prósperos, hasta el punto de tenerse como inminente una quiebra: la ruina para todos, accionistas y empleados... Y don Senén, esposo de una mujer que era una arpía, y padre de trece hijas casaderas..., pero incasables por su carácter dominante y su insolente e infundado orgullo, seguía mártir de un destino implacablemente adverso: perseguido por la influencia perniciosa del 13.

En uno de los momentos de mayor y más amargo pesimismo, en que don Senén Campazas empezaba a acariciar en su imaginación la idea del suicidio, acercósele un vendedor de lotería, ofreciéndole un décimo. Procedía el billete de una administración muy afortunada, a la que en un corto espacio de tiempo habían correspondido varios premios de importancia. Esto animó a don Senén a aceptar, y, tomando el décimo, lo guardó sin mirarlo..., hasta que horas antes del sorteo, súbitamente optimista, sintió ganas de conocer el número, que tal vez dentro de poco le diera la fortuna y, con ella, la felicidad. Era el 2.722... Un instante bastó para que don Senén se diese perfecta cuenta de lo horrible de aquel guarismo. Demudado el semblante y con un temblor doloroso en todo el cuerpo, rompió en pequeños pedazos y redujo a cenizas el fatídico papel, cuyas cifras sumaban trece...

Por los periódicos de la noche supo el desventurado Campazas que el primer premio había correspondido al 2.722.

Tres días después, el día 13 de octubre, luego de una muy intensa crisis nerviosa, no advertida para la familia, apareció el cadáver de don Senén colgado del montante de una puerta de su casa...

—He ahí—terminó mi amigo—una de tantas víctimas del maldito 13.

La China y el progreso

La vetusta nación del Extremo Oriente, el ex celeste Imperio del Medio, hoy república democrática, vió nacer en su suelo todos los adelantos de que hoy se ufana la civilización occidental:

La imprenta, la pólvora, la tinta y el papel, la brújula, el telescopio, la campana, etc., etc. La lista sería inacabable.

Todos esos inventos vieron la luz en ese inmenso y maravilloso país que llamamos atrasado; tierra sin religión, sin aristocracia hereditaria y sin militarismo, tres plagas desconocidas en aquella nación gobernada por letrados.



UNA LÁGRIMA

Una aurora de junio. Un cerrillo mezquino,
seco, árido y desnudo, orillas de un camino.

Tierra ingrata en que el brezo vegeta a duras penas,
bebiendo sol, comiendo polvo, chipando arenas.

Sobre la hoja hostil de una silvestre higuera,
mendiga, a esperar agua nacida en la ladera,

la aurora ha desprendido, compasiva y divina,
una lágrima etérea, enorme y cristalina.

Tan ideal y tan limpia lágrima aquella,
que era, de cerca, un ópalo; de lejos, una estrella.

Pasa un rey, con su noble cohorte en seguimiento;
yelmos, lanzas, clarines, treinta enseñas al viento.

—"En mi diadema, dice, parándose a mirar,
hay zafiros sin cuento y diamantes sin par;

"rubíes orientales, sangrientos y dorados,
como besos de amor que arden, cristalizados.

"Hay perlas que son gotas de la amargura inmensa
que derrama la luna y que la mar condensa;

"pues mis brillantes, perlas y rubíes de Ofir,
yo te los doy, y ven ¡oh lágrima! a lucir

"en mi corona augusta, olímpica y suprema,
viendo el orbe a tus pies, desde tu diadema."

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló; se quedó silenciosa.

Acorazado en hierros, épico y deslumbrante,
pasa, sobre su potro, un caballero andante.

Y dice así, mirando la lágrima irisada:
—"¡Ven, por Cristo, a brillar en la cruz de mi espada!

"¡Te haré reverberar de victoria en victoria,
por Tierra Santa, al sol de la Fe y de la Gloria!

"¡Y a mi vuelta, la amada de mis noches, el astro,
te colgará en su cuello de rosa y de alabastro!

"Y alumbrarás así, con tu dulce esplendor,
los combates del héroe, los sueños del amor."

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Montado en una mula parda, haciendo camino,
pasa un viejo judío, avariento y mezquino.

Detrás de él, otras mulas le llevan su tesoro,
grandes arcas de cedro, los vientres llenos de oro.

Y el viejuco andrajoso, la figura pequeña,
la cabezuela calva, la nariz aguileña,

viendo la estrella, exclama:—"¡Válme Dios, cómo brilla!
¡No ví, en todos mis días, tan grande maravilla!

"Con mis montones de oro podríanse comprar
los tronos de los reyes, los navíos del mar.

"¡Mas, por este diamante espléndido, trocara
todos mis montes de oro mi vieja mano avara!"

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Entonces, a sus pies mismos, un cardo agreste
dijo así, contemplando la lágrima celeste:

—"La tierra, en que la rosa y la azucena medra,
para mí tuvo siempre un corazón de piedra.

"Si a quejarme, alzo al cielo, mis aristas, acaso,
me manda el cielo, en paga, el fuego en que me abraso.

Nunca, a mi lado, alegres tropas enamoradas
cantando, desfilaron en noches estrelladas...

"Las aves pasan altas, lejos se va el amor;
porque ¡ay! nunca di sombra y nunca tuve flor.

"¡Oh lágrima de Dios, astro, perla, luz, gema,
cae en la aridez de esta desolación suprema!..."

Y la lágrima etérea, celeste, luminosa,
tembló, tembló, tembló... y cayó silenciosa.

Y algún tiempo después, el cardo consumido,
reverdeciendo, daba un capullo encendido,

de un ojo macerado, y dorado y deshecho,
como las llagas que tiene Cristo en el pecho.

Y al cáliz virginal de aquella flor bermeja,
iba a buscar, zumbando, miel dorada una abeja...

Guerra **JUNQUEIRO**.

LAS MUJERES DE LA LITERATURA

(VIRGINIA DE SAINT - PIERRE)

Aunque los autores suelen enfadarse conmigo, yo no me incomodo nunca con los autores, y eso que la recíproca molestia que nos causamos, en ellos es voluntaria, y en mí, no: ellos leen mis críticas porque quieren, y yo tengo la obligación de leer sus obras.

Demuestra esto que soy hombre de excelente carácter, al menos en los asuntos que a mi profesión se refieren. Y como el hecho de llamar la atención sobre una de las bellas cualidades que me adornan pudiera parecer pecado de orgullo, diré, ante todo, que si lo realizo, no es por vanagloria, sino para disculpa. Trato de hacer perdonable el enfado que voy a manifestar—acaso muy duro, pues estoy furioso—contra un autor.

Tal enfado parecerá, sin duda, profesional meramente, ya que tiene por causa la creación de una figura literaria y que va contra un escritor muerto hace más de cien años. Sin embargo, no lo es; repito que jamás perdí, incomodándome con los autores, la augusta serenidad que debe informar siempre a quien actúa en los inapelable tribunales de la crítica.

No y no. Mi enfado contra Bernardino de Saint-Pierre, porque en su novela "Pablo y Virginia" haya hecho a ídem—digo ídem para no repetir Virginia, ¡hay que cuidar el estilo!—tan estúpida como esta estupidísima joven resulta, es de índole absolutamente personal. Como crítico, ante la referida estupidez de crear un tipo de mujer así de estúpido, permanezco ecuánime, condenando el delito; pero compadeciendo al delincuente. Mas es que no sólo ejerzo el sacerdocio de la crítica, sino que también soy oficiante de la "Sociedad de los Terribles", y por ser esto el ejemplo que da Virginia me perjudica, haciéndome incomodar con Bernardino Saint-Pierre, su creador. ¿Comprendéis?...

Voy, por si acaso, a explicarme más claramente; todo lo claramente posible. La mentada entidad, constituída bajo la advocación de "El terrible Pérez", tiene por objeto el fomento de las conquistas amorosas, estando obligados los socios a ser, como el patrono lo era, émulos en sus altas hazañas del señor Tenorio (Don Juan). Y existe en los Estatutos una cláusula que dice: "Pieza levantada será pieza cobrada", y tiene el reglamento un artículo que decreta la expulsión, por indigno, del miembro que fracase en un galante empeño. Así, la presentación de Virginia como modelo para doncellas amantes, me perjudica en mi calidad de "terrible".

¿Que qué hay en la vida de esta joven contrario a los nobilísimos propósitos de los discípulos de Pérez?... En la vida, nada. Virginia, desde sus primeros pasos, caminó por donde Pablo, su enamorado, quiso conducirla, ora fuese a los bosques, ora fuese a los páramos, que en la isla Mauricio—lugar de la acción del novelucho de Saint-Pierre—son bastante sombríos y desiertos respectivamente. Y ya por amor... ¡Como que entre las diversiones infantiles de estas criaturas estaba el jugar a los matrimonios!

No es broma, ¿eh?... De un modo muy ridículo, pero muy serio a la par, se dice en la novela: "En ocasiones representaba Virginia a la infeliz Ruth, y hacía como que iba recogiendo las espigas olvidadas por los segadores. Pablo, imitando la gravedad del patriarca bíblico, se acercaba a ella, y movido de compasión socorría la inocencia y el infortunio, dándola toda clase de provisiones. Después, fingiendo conducirla al templo, declaraba que la tomaba por esposa." Hay que creerlo, pues. Y que creer que a Virginia le divertía el jueguecito, porque nadie juega a lo que no le divierte.

Después sigue Virginia constante en las aficiones y se muestra tan decidida a realizar de veras lo que fingía jugando, que su señora madre tiene que advertirla: "Oculta tu amor a Pablo, pues cuando una doncella da su corazón, a su amado no le queda ya que apetecer de ella." Virginia, sin embargo, no atiende el consejo y expresa al antiguo compañero de juego lo que siente por él, prometiéndole ser suya o del claustro, según la clásica fórmula de las novias leales.

Y siempre igual. ¡Ni la ausencia aparte el amor que, por Pablo, Virginia siente, aunque durante la ausencia vive Virginia en la corte de Francia, rodeada de jóvenes gallardos e ilustres! Sólo piensa la amada, mientras está lejos de su amado, en correr a reunírsele, cosa que realiza en cuanto se le presenta ocasión. Tal es la vida toda de Virginia, pues muere antes de pisar la isla Mauricio. Excelente vida, ¿eh?...

Pero si nada tengo que censurar de la vida de Virginia—vida toda dedicada al objeto de su amor, vida como para la mujer que pretenda debe desear un "terrible",—tengo, en cambio, mucho que censurar de su muerte. Virginia murió ahogada porque prefirió morir a... ¡Ah, qué estupidez tan grande se le ocurrió poner al estúpido de Bernardino de Saint-Pierre para final de su estupidísima novela!

Regresaba Virginia a la isla Mauricio para casarse con Pablo, cuando, a la entrada misma de la bahía de Puerto Luis, tan cerca del muelle que se veían y cambiaban saludos, Pablo desde la orilla y Virginia desde el barco, ¡cataplun!, el barco naufragó. Todos, tripulantes y pasajeros, se salvaron, pues despojándose de sus ropas se tiraron al mar. Todos menos Virginia, que no quiso ponerse en las condiciones necesarias a la natación, ¡porque estaba delante de su novio! Virginia rechazó la propuesta de desnudarse "con nobilísima dignidad", y hasta se arrolló las faldas a las piernas para evitar que el oleaje, alborotando aquéllas, descubriese éstas a las miradas de Pablo.

Las mujeres deben morir primero que enseñar las pantorrillas ante sus pretendientes. Esta es la moraleja que se desprende de la conducta de Virginia. Ustedes verán si tal moraleja es opuesta al generoso objetivo de la "Sociedad de los Terribles". Y si tal ejemplo puede perjudicarnos a los miembros de la benéfica entidad. Yo creo que esto último, sobre todo, es indudable.

El propio Don Juan Tenorio que levantase la cabeza fracasaba en su empeño galante dando con una mujer imitadora de Virginia. Claro, no tendrá muchas mujeres que le imiten... Pero con que tenga una y dé yo con ella, me veo arrojado ignominiosamente de entre los "terribles".

Comprended, lectores, mi enfado contra Saint-Pierre. Considerad que tengo razón sobrada para incomodarme con el creador de Virginia. Y disculpadme si, olvidando la augusta serenidad de la crítica, le insulto.

Bernardino, ¡eres un morral!

Luis de **OTEYZA**.

¿Qué es la perla?

Leemos en la revista neoyorquina "La Nueva Democracia":

"Recientemente, el señor Barsanti, escritor e inventor argentino de paso por este país, demostró sin lugar a duda que las perlas de más fino oriente y no menor valor, son nada menos, que materia orgánica, pero, perfectamente animada, hasta el punto de padecer enfermedades, como el hombre, languidez y muerte. Las perlas enferman con suma facilidad por contagio de todas las enfermedades del ser humano, siendo las de mayor gravedad las enfermedades específicas. El enemigo mayor de las perlas es el mercurio.

Las perlas de oriente, no solamente resisten al vino y al vinagre, sino al ácido nítrico, aunque los dos últimos líquidos les quitan vida, sin modificar su forma siquiera."

EL MATRIMONIO DEL AVARO, por Renato BONNEFOI

Después de casar a su hijo con Mariana y a su hija con Valerio, el señor Harpagón, todavía de buena edad, no tardó en querer casarse por segunda vez. Se enamoró de una muchacha joven, llamada Armanda, a la que conoció por mediación de Trosina, mujer de recursos, que se había jurado sacar del avaro, en esa nueva coyuntura, con intrigas y astucia, todo el provecho que le había sido frustrado en la primera vez.

El talante de Armanda era el más propicio para inspirar amor a un vejete avaricioso. Todo en ella revelaba la dulzura de su carácter y la modestia de sus gustos. No es que fuera fea ni que careciera de atractivos; pero en sus ojos, púdicamente bajos, se leía el renunciamiento de los placeres del mundo.

Trosina, siguiendo sus propósitos, había hecho a Harpagón un retrato a su manera, había perfeccionado los procedimientos ya usados por ella la otra vez y hecho valer este supremo argumento:

—Tiene un dote...

—¡Un dote!—exclamó el avaro.—¡Oh, ardo en deseos de conocer a esta joven!

—Es huérfana...

—¡Huérfana! Es preciso que me arregles una entrevista con ella lo antes posible.

—Y usted podrá disponer de todos sus bienes...

—¡De todos sus bienes! He de casarme con ella "in continenti".

Desde la primera entrevista, Harpagón quedó conquistado. Ardía en mil amorosos fuegos, que Armanda atizaba más con una furiosa inclinación hacia la sobriedad y la economía, lo que cuadraba a maravilla con el carácter de su futuro esposo. Se había presentado a éste vestida muy modestamente, y le había explicado desde un principio que se abstenía de comprarse vestidos nuevos y que se contentaba con usar los que habían pertenecido a su madre, a fin de no tocar los bienes que ésta le había dejado.

La fecha de la boda fué fijada lo más pronto posible.

Mientras tanto, el imperio de Armanda sobre la casa de Harpagón se afirmaba más cada día. Habiéndole dicho el avaro que había dado orden a maese Jaime de preparar el coche para la boda, ella exclamó:

—¡Maese Jaime!... ¡El coche! ¡Pero usted quiere arruinarse, querido mío! ¡Un coche! ¿Qué necesidad hay de coche? Puede vivirse muy bien sin él; además, mi modestia no se acomodaría con semejante lujo. En cuanto a ese Jaime...

—Mi cochero y cocinero...

—Es una superfluidad que yo no podría sufrir mucho tiempo. Cuando no tenga usted coche, no necesitará cochero, y en cuanto al cocinero, yo misma desempeñaré muy bien sus funciones. Todo ese dinero podremos ahorrárnoslo. ¿De qué serviría la vida si no la empleáramos en economizar todo lo posible?

—Armanda, es usted una santa mujer, que lamento no haber conocido más pronto.

—Sin duda alguna, hemos sido hechos el uno para el otro y destinados a entendernos en todo. Pero me parece haber oído que ha encargado usted vino para nuestra comida de boda.

—Sí, pero a condición de que lo usaran moderadamente y que lo mezclaran con bastante agua.

—¿Y el agua pura no habría sido suficiente? Me asombra el que un hombre tan prudente como usted haya pensado en el vino, que turba el entendimiento y predispone a gastos inútiles.

—Suprimiremos el vino, querida Armanda. Y doy gracias al cielo por haber colocado en mi camino una mujer como usted.

La comida de boda fué una maravilla de sobriedad, una obra maestra de parsimonia. Y ella quiso acostarse antes de que llegará la noche para evitar un gasto excesivo de luces.

Desde entonces, tomó las riendas del gobierno de la casa, y tuvo unos rasgos de avaricia que asombraban al mismo Harpagón, pero que lo dejaban encantado.

Un día le dijo:

—Todavía advierto muchas cosas superfluas a nuestro alrededor, querido esposo: demasiado lujo del que no hacemos nada, y demasiados muebles, que obstruyen toda la casa. No conviene tener expuestas las riquezas a los ojos de todo el mundo, que no tiene necesidad alguna de conocer nuestra situación. ¿No le parece a usted que sería provechoso el vender parte de nuestro mobiliario? Nada vale lo que el hermoso dinero contante y sonante que coloca uno en un lugar discreto, al abrigo de ladrones y envidiosos, y del que puede uno estar tranquilo.

—Es una cosa que no se me había ocurrido nunca. Admiro su economía y su prudencia. Voy en seguida a buscar quien nos compre a buena cuenta todo esto, cuya vista me molesta ya.

En pocos meses la casa quedó vacía de sus muebles, y Harpagón bendijo al cielo, que le había dado una mujer tan cuidadosa de sus intereses. Armanda hizo valer sobre todo sus habilidades en la administración de la cocina. Hizo en ella prodigios de restricción, y de tal modo abrevió las comidas, que su esposo comenzó a desmejorar a ojos vistas. Pero cuando Armanda le decía:

—Es preciso reducir tanto como se pueda. Hoy he añadido diez escudos a la hucha, obtenidos a costa de las comidas de la semana.

El exclamaba:

—Eres una santa mujer.

El cayó enfermo, y no quiso que se avisara al médico. Armanda le dijo que se podía muy bien curar sin él, y que esto era otro tanto de economía.

Se acostó sobre el catre, que formaba todo el mobiliario de la casa, y se hizo medicar con agua caliente.

—Es un excelente remedio, que nada cuesta—le decía su mujer.

Su mal empeoró. Sintiendo que iba a morir, dijo a su esposa:

—Tú eres mi única heredera. No quiero que mis hijos, que tanto cuidado y desbarajuste han traído a mi vida, tengan la menor parte en mis bienes, que muy pronto dilapidarían. No podía dejar mi fortuna en mejores manos que las tuyas.

Después se hizo traer la hucha, atiborrada de oro, la tomó en sus brazos, la acarició y rindió el último suspiro murmurando:

—¡Mi querida Armanda!... ¡Hucha de mi alma!...

Frosina acudió así que supo la noticia.

—Y bien, Armanda. Tu viejo avaro ha muerto. La comedia ha terminado. ¡Ya eres libre! Te predije un bello porvenir, y has sabido aprovechar bien mis lecciones. No eres de esas perinolas que quieren honores y fortuna porque tienen una nariz bien hecha. Has sido hábil y paciente. Por doblez o por intriga, se llega al fin de todo, hasta de la avaricia y de los avariciosos. Ahora dame la dote que te adelanté... y partamos la hucha.

PARA LO UNICO QUE SIRVE



—Fijate: he comprado un billete de mil marcos por treinta centavos.
—Bueno; pero, ¿para qué lo quieres?
—Para ponerlo en un marco.

Los incendios habidos en el año 1922

558 son los casos de incendio producidos el año próximo pasado. Han sido clasificados por su grado de importancia, en grandes 58, medianos 117, pequeños 97 y principios 285. Ocurrieron en locales 484, en rodados 59 y en embarcaciones 14.

He aquí el número de esos hechos, según los meses: Enero, 61; Febrero, 41; Marzo, 29; Abril, 45; Mayo, 47; Junio, 46; Julio, 44; Agosto, 33; Septiembre, 41; Octubre, 45; Noviembre, 52; Diciembre, 73.

Se han debido a causas accidentales, 295; por imprudencia, 27; por negligencia, 47; por intención criminal, 4; por espontaneidad, 9. De 176 se ignoran las causas.

En día lunes hubo 77 incendios, en martes, 92; en miércoles, 70; en jueves y viernes, 79; en sábados, 80 y en domingo, 81.

Entre las horas 23 y 24, hubo 37 casos. Estuvieron expuestos a la acción de las llamas capitales por valor de 206.854.100.96 pesos, los que estaban asegurados en 98.371.397.34 pesos.

Fueron salvados 202.300.069.95, de modo que los perjuicios ascendieron a 4.554.031.01 pesos.



—¿No te gusta tu nueva hermanita?
—Hubiera preferido un varón. Mi compañero de banco acaba de recibir una hermanita y va a creer que le he copiado.

PUCHITOS

Según el nuevo reglamento de la Dieta de Polonia, el diputado que sea llamado al orden por el presidente de la Cámara sufrirá un descuento del cinco por ciento de su sueldo. Si el presidente le retira la palabra, el diputado pierde la mitad de sus haberes. El diputado que calle siempre será, pues, quien tendrá la seguridad de cobrar su sueldo íntegro.

* * *

Provocado a duelo por un escritor harto ignorante, el periodista francés Rochefort fijó las condiciones con esta frase: —Perfectamente: nos batiremos con ortografía.

* * *

En la generalidad de los accidentes ferroviarios y callejeros perecen más hombres que mujeres. En Inglaterra, por ejemplo, se ha notado que si un hombre y una mujer viajan en un mismo tren y éste sufre un accidente, el hombre tiene más probabilidades de morir que la mujer. Es éste un hecho misterioso, pero frecuentemente comprobado. En cambio, en las muertes por quemaduras las mujeres son víctimas en una proporción tres veces mayor que los hombres. La proporción se invierte exactamente en cuanto a los suicidios: en 1921, por ejemplo, se suicidaron en Inglaterra 153 hombres y 50 mujeres.

* * *

El célebre novelista J. K. Huysman, atacado de un cáncer en la mandíbula, rehusó enérgicamente todo medicamento que aliviara sus dolores. Lo hizo por profunda convicción religiosa: quería sufrir a fin de purgar sus pecados y los de sus semejantes.

* * *

Como se sabe, el edificio más grande del mundo es el Wolworth Building, de Nueva York, que mide 800 pies de altura. También en Nueva York han sido levantados los dos edificios que le siguen en dimensiones. Son el de la compañía "Equitable", en el que trabajan 15.000 empleados, y el "Metropolitan", de la compañía de seguros del mismo nombre, con 6.000 empleados.

* * *

Según repetidas comprobaciones médicas, el "sexo débil" es el más fuerte, por los primeros años de la vida. La resistencia a las enfermedades es, en las niñas, mayor que en los varones, y se puede establecer, como regla, que en todos los países, y en todo tiempo, mueren más niños varones que mujeres, de todas las enfermedades, excepto de tos convulsa. Por otra parte, es un hecho conocido que, aun en la edad adulta, los hombres sufren los dolores de las enfermedades con mucha menos heroicidad que las mujeres; estas últimas soportan de pie y trabajando, enfermedades que obligarían a cualquier hombre a guardar cama.

* * *

En todo el mundo turfístico son famosas las grandes carreras de caballos inglesas, tales como el "Derby", el "Leger", el "Cesarewitch", etc.; sin embargo, la más antigua, tradicional y característica de todas ellas es poco conocida aun en la misma Inglaterra. Es la Kiplingcote Stakes, que se corre una vez al año, en marzo, en East Yorkshire, desde hace nada menos que 260 años. El premio consiste en la suma de 464 libras esterlinas, que es el interés de la suma dejada hace más de tres siglos para esta prueba. Se corre en un camino público. Puede participar cualquier caballo y no se aceptan apuestas.

* * *

Ahora que Irlanda es una nación casi independiente, ¿por qué no establece el irlandés como idioma oficial? Celosos nacionalistas lo han preconizado, pero con pocas probabilidades de éxito. En efecto, el irlandés es un idioma que desaparece, aunque lentamente. En la actualidad lo habla apenas el catorce por ciento de la población, y principalmente en una sola región, la de Connaught.

* * *

Los grandes servidores del Estado, como ministros y parlamentarios de larga actuación, tienen derecho, en Inglaterra, una vez retirados de la vida pública, a una pensión apropiada a su rango, si sus rentas no les bastan. Pero deben solicitarla del Parlamento, comprometiéndose a renunciar a ella si mejora su situación financiera, y el Parlamento no la concede fácilmente. Actualmente, sólo dos ex ministros gozan de pensión. Son numerosos los casos de personas que renunciaron la pensión, aun después de muchos años de recibirla, a consecuencia de un cambio de sus finanzas.

* * *

No hace mucho fué descubierto en Tebas el tratado de cirugía más antiguo del mundo, un papiro cuyo autor fué medico de la corte de los faraones. En ese tratado hay una parte notabilísima, pues habla de operaciones de la glándula tiroidea, lo que significa que hace millares de años se tenía idea de una de las más recientes proezas de la cirugía de nuestros días.

* * *

El gobierno inglés concede pasajes gratis para cualquiera de las colonias inglesas a los ex combatientes y sus familias. Después de la guerra hasta la fecha se han trasladado así, de las islas británicas a las colonias, ochenta y dos mil personas.





FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



"El pequeño carrero".



"Nostalgia".

Fots. José La Vía.

Fallecimiento del jefe de la iglesia argentina, monseñor Mariano Antonio Espinosa. — A través de su vida religiosa.



El arzobispo, monseñor Espinosa, en su despacho



En Tucumán, durante la visita realizada por el presidente Roque Sáenz Peña. — Con monseñor Bazan, obispo de Paraná y el doctor Ayerza, subiendo la cumbre serrana en alambre-carril.



Monseñor Espinosa, llegando al palacio arzobispal, situado en la plaza de Mayo

+ Mariano Antonio
Arzobispo de Buenos-Aires

Autógrafo de monseñor Espinosa.



El arzobispo, durante el acto de la colocación de la piedra fundamental de la Casa Santa Clara, acompañado de los padrinos que actuaron en la mencionada ceremonia.



Monseñor Espinosa impartiendo la bendición arzobispal. Fotografía obtenida en el año 1906



Saliendo de la residencia que ocupó en la calle Santa Fe el ex presidente doctor Roque Sáenz Peña, momentos después de ocurrido el fallecimiento de dicho primer magistrado.



La capilla mortuoria levantada en el crucero de la Catedral y el féretro con el cuerpo yacente del prelado.



ALREDEDOR DEL MUNDO



Un simpático quinteto de damas veraneantes en Palm Beach, entregadas a saludables ejercicios matutinos en los alrededores de la playa.



Una de las más grandes dificultades técnicas vencidas representa esta figura escultórica, "La bailarina saltante", suspensa sólo por el velo que forma parte de la estatua. Es obra de Alejandro Zeitlin, residente en Nueva York.



Un señor de Dayton, Filadelfia, decidió instalar una casa de negocio, y como el edificio, de un piso, no le convenía, lo levantó, mediante atrevidos recursos de ingeniería, para construir debajo otro piso.



La señorita Paulina de Croze, estenógrafa de París, que mantiene el record en las carreras de 200, 250 y 300 metros, además de distinguirse notablemente en los ejercicios de arrojar el disco y la jabalina.



Se espera sensacionales descubrimientos arqueológicos de una expedición enviada por el Instituto Carnegie a Yucatán, en Méjico, donde floreció una civilización adelantada antes de la era cristiana. Las fotografías representan la fachada ornamental de un edificio hecho con restos de las ciudades de Uxmal y Chichen-Itza, centros de civilización de los mayas, y un arco de la desaparecida ciudad de Uxmal.



MAR DEL PLATA PANORÁMICO



La plaza Luro y la iglesia de San Pedro.



El Hotel Centenario, que se levanta a orillas del mar. — En la parte superior se ve la avenida de la Explanada Sur, que conduce al Golf Club.



Cabo Corrientes, uno de los mas bellos lugares para tomar el aperitivo



Un lindo aspecto del paseo General Paz.

(Cuatro óptimas fotografías de Malco Bonnin.)

EL "ADDIO" A "COMPLETO"

[illegible] banquete recientemente [illegible] cronista [illegible] (...) [illegible] en el mundo [illegible] [illegible] galerías, en ocasión de [illegible]. El banquete [illegible] cargo de Drocchi [illegible] en uso de la palabra [illegible] y Lanata, Pablo Gallo [illegible] Velasco, a los [illegible] señor Caro agradeciendo el acto.



EN EL MINISTERIO DEL INTERIOR



Empleados del ministerio del interior que tomaron parte en la demostración de simpatía tributada al señor Alfredo P. Drocchi, jefe de la mesa de entradas y salidas, con motivo de la renuncia que dicho señor acaba de presentar del cargo que desempeñaba

DE LA SERRANÍA CORDOBESA

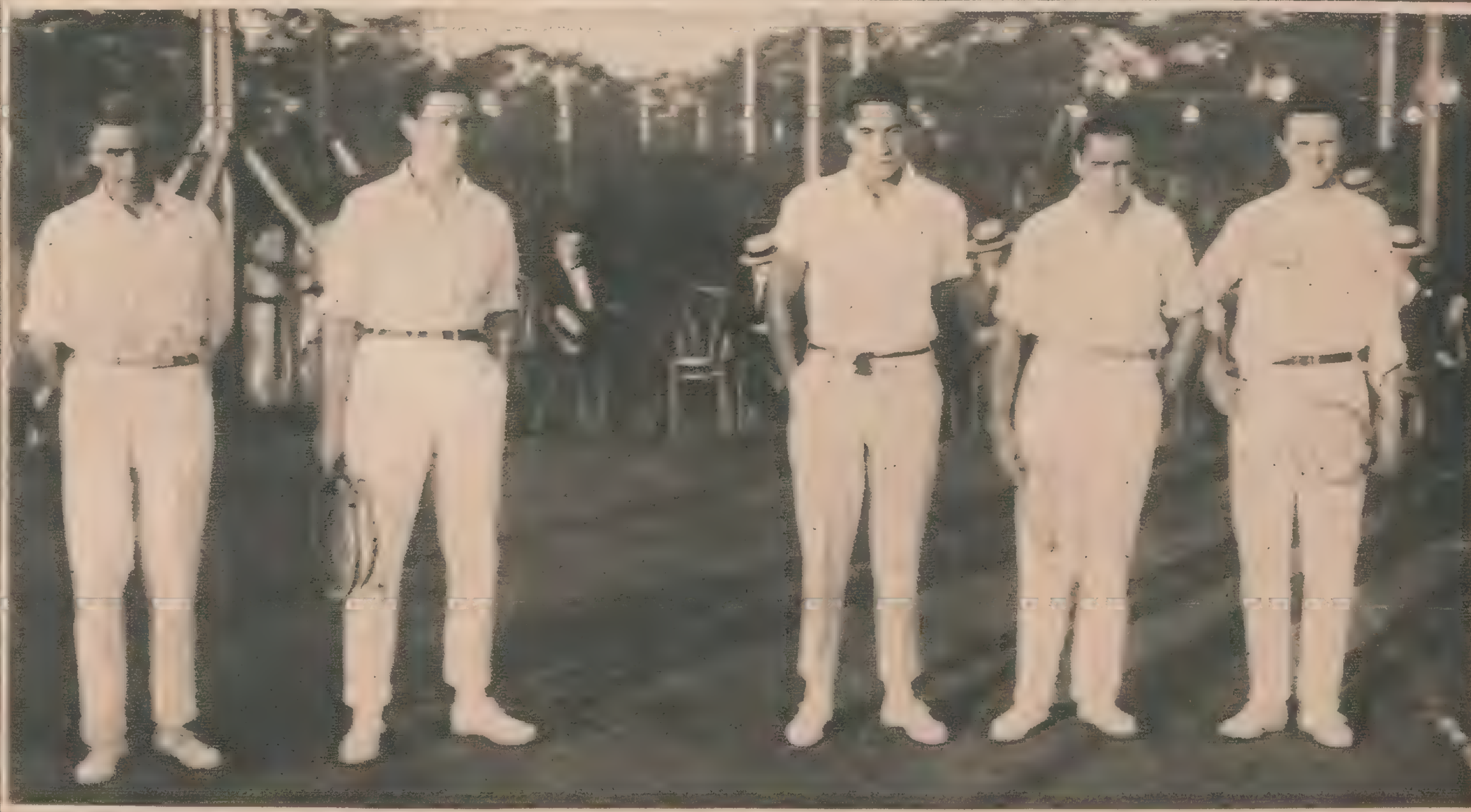






El juez en lo Civil de la capital federal, doctor Marcos A. Figueroa; su esposa, señora Ana U. de Figueroa, y su hija, señorita Ana Victoria Figueroa, durante su reciente jira por los pintorescos lugares de la provincia de Córdoba.

CLUB F. C. O. — FESTIVAL PRO PARTICIPACIÓN "COPA DAVIS"



Señores Villegas, Caminos, Boyd, Robson y Knight, componentes del equipo del Club F. C. O. que intervendrá en el campeonato mundial de lawn tennis que se realizara en Norte América.







Señorita P. W Boadle





Señorita Julieta de Ezcurra





Señoritas de Ezcurra y Boadle, con sus compañeros de juego, que tomaron parte en el festival organizado pro participación "Copa Davis".

DE NUESTRO TEATRO POR HORAS

La Gigolette . . . . **Señora María Esther Pomar**
El apache . . . . **Señor Juan José Porta**

















Reproducen las fotografías de esta doble página, varias figuras de la danza de apaches, del segundo cuadro de la revista "Buenos Aires Folies", original de D. Manuel Romero.

La danza ha sido puesta en escena bajo la dirección del maestro de bailes D. Natalio Vitulli.

Nota compuesta por
L. THORNE

Fotografías de
A. MARQUEZ



"FRAY MOCHO" EN SAN LUIS



Enlace Jurado Weiss. Los contrayentes y los padrinos, después de la ceremonia nupcial.



Las familias de Sosa, Sa[illegible] Lucero, La Vía y Pereyra, durante un pic-nic realizado en la Quebrada de los Cóndores.



Concurrentes al banquete servido con motivo del enlace Lirén - Saad, recientemente efectuado.



El jefe de correos y telégrafos, señor Arce Morán, en su despacho, acompañado de sus subalternos.

Foto. La Vía.



NOTAS SOCIALES DE LA PAMPA



Toay. — El gobernador del territorio, teniente coronel Núñez, rodeado de parte de la concurrencia que asistió al baile que los esposos López Osorio ofrecieron en honor de dicho mandatario



En un intervalo del mencionado baile.



Santa Rosa. — Damas, señoritas y caballeros que tomaron parte en el homenaje tributado a la primera maestra que llegó a Santa Rosa, señora Enriqueta S. de Lucero, a quien con motivo de su reciente jubilación, le fué entregado un pergamino y una medalla de oro.



Señoritas de Moré, Branca y Arévalo y señores Arévalo y Lucero, durante el baile realizado en la fiesta organizada en honor de la señora Enriqueta S. de Lucero.



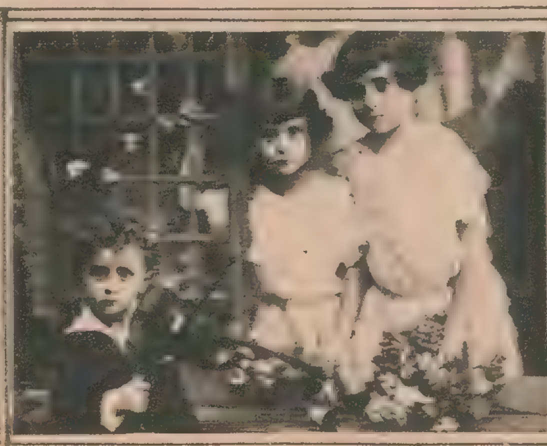
Grupo de colegas y alumnos que concurrieron a despedir a la directora acabada de jubilar, señora de Lucero.



Comisión de damas organizadora del homenaje de que fué objeto la citada educacionista

Diógenes A. Quiroga

GENTE MENUDA



Niñitos del señor Pedro Giménez.



MÚSICA



El señor Hilarión Leloup, director del Conservatorio Tárrega, (sentado) y los nuevos profesores de guitarra, señores Ricardo Muñoz, Adolfo López y Pablo Fleury, que acaban de diplomarse en el mencionado instituto, con las más altas clasificaciones

Novedades de la pantalla



Eille Norwood, en la interesante pelicula ''Las aventuras de Sherlock Holmes'', basada en una novela de Conan Doyle, y filmada bajo la dirección del célebre autor inglés.



La notable y bella actriz Peggi Hyland, interpretando el principal papel en la cinta ''La marea de las pasiones''.



Una interesante escena del film ''La cursi y el niño bien'', hilarante comedia donde la graciosa artista Dorothy Gish, pone de manifiesto su rico temperamento cómico. Las tres obras mencionadas han sido recientemente estrenadas en nuestros principales cines, bajo los diferentes programas de la ''Corporación Argentina Americana de Films''.



Otro pasaje de la película ''La marea de las pasiones'', producción que constituye una amarga lección para la juventud que persigue un fácil triunfo.

LAS ÚLTIMAS NOTAS GRÁFICAS DE CACHEUTA



Un grupo de familias veraneantes en las termas



Niños de Irigoyen, Etchart, De Tomasi y Bernardo



Señorita María Teresa de Caeiró.



Señora Ana C. de Finochietto.



Señora María Montero de Etchart.



Señorita Beatriz Etchart



Una interesante "causserie".



Niños de Bodmer.

Fots. Bejarano

VIDA TEATRAL



Elisa Ceperis, joven y bellísima primera tiple cómica de la compañía que actúa en el teatro de la Comedia, de Rosario, donde está cosechando grandes triunfos por su gracia y su talento.

FOOTBALL ROSARINO



Team de Rosario Central, ganador del partido en la temporada por el campeonato, marcando uno a cero goal



Equipo de Nacional, que resultó vencido en el encuentro



Un momento de peligro para la valla del Nacional.

Fots. Cornet y Aranda.

A GÉNOVA EN 13 DÍAS Y MEDIO



El magnífico vapor "Conte Verde", de la Compañía Lloyd Sabaudo, destinado al servicio Génova-Buenos Aires y que habiendo acusado en las pruebas oficiales una marcha de 20 millas y tres cuartos está en condiciones de realizar dicha travesía en 13 días y medio.

DE LA LLANURA PUNTANA.—S. M. EL TRIGO



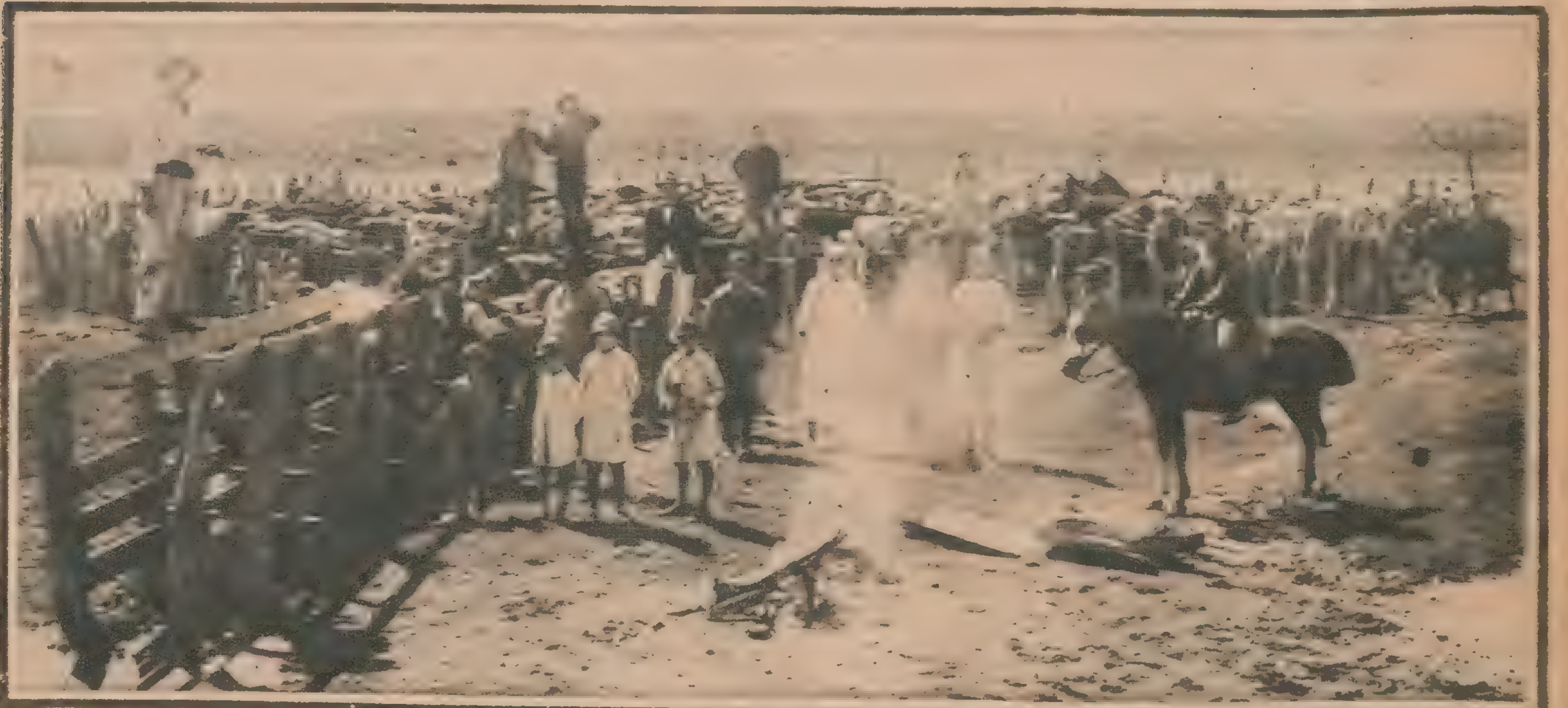
San Luis. — Tropa de carros, que antes transportaban leña, cargados de trigo para llevarlo a los depósitos de las estaciones ferroviarias.



Los [illegible] que se destacan. — El señor José Obrete [illegible] Colonia Fraga, [illegible] de muchos años de [illegible] abundantes cosechas.



El [illegible] o Closnia [illegible] tipo característico de la colonia Comandante Gra[illegible] en pose para "Fray Mocho", frente [illegible] Plaza Hot[illegible]



En el corral de una estancia. — Los preparativos para hierra.





Apilando bolsas de trigo a la intemperie, por hallarse llenos de este cereal los depósitos instalados en las estaciones del ferrocarril.



El colono señor Mauricio Rocca y su familia, cuyas hijas han tenido a su cargo la labor de las tierras, guiando los arados, valioso concurso que le permitió obtener abundantes frutos del árido campo puntano.



En la estación Alto Grande, donde en otras épocas sólo se veían pilas de leña, pueden observarse en la actualidad grandes montones de trigo en bolsas depositadas á la intemperie.



Vista de la estancia "La Adela", propiedad de don Pedro del Bosco, uno de los fundadores de la colonia Comandante Granville. En dicho establecimiento agrícola-ganadero se trilló este año dos mil quintales de trigo.

Curiosidad histórica. — El primer anarquista

Una de las figuras más curiosas del tiempo del Directorio en Francia, fué Gracchus Babeuf, a quien bien puede considerarse como padre del anarquismo actual, tanto por sus ideas, como por haber organizado el primer movimiento libertario en la época moderna.

La historia de este libertario enemigo de la libertad, es muy interesante. Hace algún tiempo la publicó Paul Robiquet en una revista parisiense, y de su trabajo entresacamos datos que damos a continuación.

De origen humilde, Babeuf consiguió hacerse notar por sus ideas políticas, y después de conquistar algún nombre y de sufrir no pocas persecuciones y encarcelamientos, publicó su periódico violento "El tribuno del pueblo", por cuyos artículos fué encarcelado nuevamente en Arrás. Allí, en unión de su amigo Carlos Germain, ex teniente de cazadores y compañero de prisión, maduró la teoría de los "Iguales", que realmente no tiene nada de complicada, ni de profunda, y que ya había apuntado tiempo antes, el propio Babeuf, rogando a un amigo que le ayudase a responder a la siguiente pregunta: "Con la suma general de conocimientos adquiridos ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fuesen tales que reinase indistintamente, entre todos sus miembros, la más perfecta igualdad?" Ocho años después de formular esta pregunta Babeuf se mostraba más dudoso, y tanto él como su compañero de prisión tronaban contra los ricos indignándose ante el pensamiento de que el comercio no ha servido hasta ahora más que para formar "lagos de oro en provecho de unos cuantos".

Babeuf quiere en sus teorías que se proporcione alimento a todos "por partes iguales, a fin de que no se vean noventa y nueve hombres mal vestidos de cada ciento, que los que cultivan el lino y el algodón no se vean sin camisa, y que los que trabajan en la fabricación de muebles y utensilios, o en la reconstrucción de casas, etc., no se hallen desprovistos de todo".

El gobierno se alarmó ante semejantes doctrinas y mandó prender a Babeuf, pero el jurado lo absolvió y el periodista se creyó invencible, con tanto más motivo cuanto que al ser detenido por el inspector de policía, la gente se amotinó, y el inspector estuvo a punto de ser destrozado por la muchedumbre.

El Directorio mandó detener, poco después, a la mujer y a los dos hijos de Babeuf, a quienes se acusaba de complicidad en conspiración contra el gobierno, pues la ciudadadna Babeuf, en efecto, ayudaba a su marido en la venta y reparto de "El Tribuno del pueblo". El periódico dejó de publicarse el 5 floreal del año IV, y sus últimos números contenían verdaderas excitaciones a la insurrección y violentas protestas contra la pretendida tiranía del Directorio.

Pero el Directorio no se intimidó, y dispuso la clausura de los clubs. Bonaparte, al frente del ejército del interior, presidió la disolución de la "Societé du Pantheon", organizada en octubre de 1795, por Babeuf, y éste la transformó al mes siguiente en un comité secreto, que tomó el título de "Directorio secreto de salud pública".

Desde aquel momento cambió de carácter la acción de Babeuf, hízose reservado y se inclinó a la conspiración. Su programa, sin embargo, no tenía nada de misterioso. Inspirábase en el "Manifiesto de los Iguales" de Sylvain Marechal, que puede reducirse a esta fórmula: "No más propiedad individual de la tierra; la tierra no es de nadie; los frutos son de todo el mundo".

Babeuf llegó a organizar una tentativa de insurrección o mejor dicho revolución terrorista. Dirigía la facción el ya mencionado Directorio de Salud pública, a cuyos miembros no conocía nadie. A la cabeza de cada uno de los doce distritos, había un agente del Directorio secreto para poner las secciones en relación con él y centralizar la propaganda. Dichos agentes estaban encargados también de organizar la agitación por medio de grupos y de pequeños clubs casi imposibles de sorprender. El fin del movimiento era derrocar el gobierno, instalar una Convención provisional, restablecer la constitución de 1793, distribuir entre la gente del pueblo mil millones, sacados de los bienes nacionales, albergar a los pobres en las casas de los contra-revolucionarios, anular todas las leyes promulgadas desde el 9 thermidor, etc.

Entre los conjurados figuraban no pocos militares, lo cual basta para indicar que no se trataba de un complot sin importancia.

Con habilidad y energía, el Directorio tomó las medidas necesarias para vencer a sus enemigos. El 17 floreal del año IV, el gobierno sabía de un modo exacto que iba a estallar el movimiento; que se habían hecho los postes para poner los pasquines de los insurrectos, con las palabras "Constitución de 1793"; que serían ahorcados los miembros del Directorio y los ministros, que hacía cinco días se hallaban en París cinco mil oficiales destituídos, y por último, que la duquesa de Orleans y Félix de Pelletier secundaban a los conjurados, los cuales recibían, por conducto de Chamborau, la orden de atacar.

En vista de esto, el Directorio mandó detener a los principales jefes de la conspiración, y Babeuf fué apresado también, en el momento de redactar las últimas proclamas.

Carnot envió inmediatamente un mensaje al Consejo de los Quinientos para denunciar el complot de Babeuf, cuyo objeto principal era "derrocar la constitución francesa, y ahorcar a todos los individuos del cuerpo legislativo, a los miembros del gobierno, al estado mayor del ejército del interior y a todas las autoridades constituídas de París".

El 27 de agosto de 1796 el gobierno dispuso el traslado de los conjurados presos a Vendome, en jaulas de hierro, y su jefe fué sometido a numerosos interrogatorios. La sentencia del tribunal constituído para juzgar a los presos, condenó a muerte a Babeuf y a Darthe; otros seis de los principales jefes fueron deportados, y se absolvió a los demás. Babeuf y Darthe fueron ejecutados en Vendome el 28 de mayo de 1797.

Babeuf puede decirse que dejó escrito su testamento político en una carta dirigida a su amigo Félix Le Pelletier. En dicho escrito blasona de haber trabajado por la liberación de sus hermanos. Devuelto su cuerpo a la tierra, decía, no quedaría de él más que una porción de proyectos, notas y escritos democráticos y revolucionarios, relacionado con el sistema filantrópico por el cual moría.

POEMAS EN PROSA

Enciende tu lámpara...

Enciende tu lámpara y aguarda.

Ten de par en par abierta tu puerta y alguna luz ha de llegar hasta el camino.

Y entre todos los pasajeros, en la tarde rojiza o en la noche azulosa, ha de llegar, por fin, el que aguardas.

Y esa estela radiante será el guía que ha de mostrarle tu vivienda.

¿Qué harás entre tanto?

Creerás en el amor, soñarás con el amor, aguardarás todos los días al amor.

Pero vigila siempre: si extingues tu luz, pasará sin advertirte por tu lado.

Enciende tu lámpara y aguarda...

El Regreso

—Amé, fuí amado...

—¿Con grande amor?

—Con amor noble, intenso, misterioso y magnífico.

—¡Oh, hermano mío! ¿Y conociste la plenitud?

—Por un instante, por muchos instantes, por largas horas. Aún hoy tal vez, la encontraría...

—¿Y qué advertiste durante tu ascención maravillosa?

—Hermana, he conocido la felicidad absoluta, la desesperación absoluta, la vida inquieta y la serenidad.

—¿Y fuiste feliz?

—¡Oh, hermana mía! Permíteme que reste pensativo...

Mi Alcázar

Peregrino que avanzas por el desierto en busca del amor ¿quieres oir la expresión más alta de sinceridad? Escucha:

Al conjuro del hijo de Afrodita, verás surgir castillos prodigiosos, estarán a tu alcance todas las riquezas.

Y todo será tuyo, si sabes amar; pero nada será tuyo en absoluto, porque todo es de la natturaleza.

Mas si a tu paso adviertes un fantástico alcázar que parece no tocar la tierra y que, de tan grácil, es como un suspiro por llegar a lo imposible, si te sientes atraído por su luz, tentadora como un beso, dulce como la melancolía, no entres, no entres, no entres...

¡Inúndate de luz y pasa de largo!

Si entras, descubrirás una meseta solitaria, barrida siempre por la borrasca.

Despertarás espectros de amores desesperados, de angustias inconsolables, irreductibles.

Hallarás lobreguez, dolor, suplicio, espanto.

No entres en mi alcázar.

Tú no sabes sacrificarte; tú no debes sacrificarte.

¡Inúndate de luz y pasa de largo!

Augusto Cortina Aravena

Baños de leche

Una conocida actriz cinematográfica, ha confesado que mantiene su admirada belleza, tomando baños de leche de almendras.

Como éste es un lujo que no todas las mujeres pueden permitirse, queremos recomendarles un método natural, muy en boga, para la conservación y realce de la belleza: "Verter una cucharadita de amydalosa en polvo en media palangana de agua y con la horchata, que se hace instantáneamente, lavarse a diario para conseguir un cutis suave, blanco y perfumado."

El producto amydalosa se vende en toda farmacia y perfumería.



SECCION VERMOUTH

DEFECTO INOBJETABLE

El gerente de un establecimiento comercial atendía a los individuos que se presentaban como candidatos a un puesto de sereno. Cascarrabias, el gerente, y descontento crónico. Experimentaba satisfacción en encontrar defectos a los candidatos y en despedirlos incontinenti. A uno por bajo, a otro por alto, a uno por rengo, a otro por bizco. Se presentó, al fin, un individuo aparentemente sin defecto.

—¿Y qué tal es su salud?—le preguntó el gerente con saña.

—Sufro de una sola cosa.

—¡Ah, sí!—exclamó el gerente, restregándose las manos.—¿Qué es?

—Insomnio.

LO QUE HABÍA APRENDIDO

En la escuela había un libro en el que debían firmar los muchachos que llegaban tarde. Pero pronto los muchachos descubrieron que esa era la única constancia de sus llegadas tarde y que si no firmaban, nadie advertía sus faltas de puntualidad. Naturalmente, dejaron de firmar. Pero el chico nuevo, ingenuamente, firmó uno, dos, tres días seguidos.

Vino el inspector. Vió el libro. Llamó al chico. Y le preguntó con ironía, aludiendo a su falta de puntualidad:

—¿Qué le enseñan en la escuela, amiguito?

—Que la veracidad es una virtud—repuso el chico.

LOS AHORRITOS

La inefable Jesusa tenía algunos ahorritos. Tenía, además, una desconfianza tremenda a los bancos y cajas de ahorro. En un banco su platita no estaría segura. La guardaba, pues, en casa.

Un día anunció que se iba a casar. Y seguidamente, preguntó:

—Señora, ¿en qué banco podría depositar mis ahorros?

—¿Cómo?, ¿no era usted la que desconfiaba tanto de los bancos?

—Sí, señora; pero, ahora, en un banco van a estar más seguros.

DISTINGA

El atorrante gordo llamó perezosamente a la puerta de la "villa" suburbana, y esperó sonriente y confiado. Salió el patrón:

—¿No tiene algunas sobritas de comida?

Pero el patrón era un ser que se aprovechaba de la situación del prójimo.

—Sí, tengo; le daré un buen almuerzo. Pero tiene que ganárselo. Arránqueme los yuyos de la vereda.

El atorrante retrocedió con altivez y dignidad, exclamando:

—Soy una persona que tiene hambre, pero no un desesperado!

EPISODIO SUBURBANO



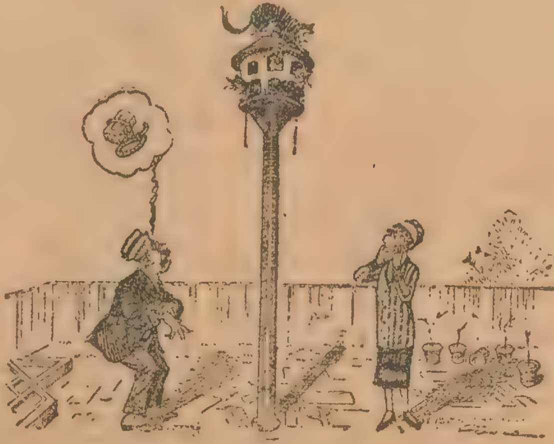
El empleado de banco, después de sudorosos esfuerzos, construye en su "villa" un palomar encantador.



—Agente: ¿no sabe dónde hay por aquí una buena pajarería?



—Son dos pichones deliciosos. Les pondremos un hilo, hasta que se acostumbren al palomar.



Al día siguiente. Fracaso como palomar, pero gran éxito como restaurant y residencia de todos los gatos del barrio.

A GUSTO DEL CONSUMIDOR

—Mamá—vino a decir el chico,—el hombre de Buenos Aires quiere huevos muy frescos.

El "hombre de Buenos Aires" era un empleado de comercio que había ido al pueblito de campo a pasar unos días, enamorado de la belleza de la naturaleza, del aire puro, de la tranquilidad y de los alimentos sanos y frescos.

—Bueno, hijito—dijo la madre,—cacarea un rato, mientras voy al almacén a buscarlos...

¿PROPOSICION?

Rebelde el chico. Los recursos disciplinarios de la escuela fracasaban con él lamentablemente. La linda maestra, indignada, exclamó al fin:

—Quisiera ser tu madre sólo por una semana...

Y el niño contestó:

—Se lo diré a papá... A ver qué le parece...

COMODIDAD

—¿Usted alquila esta casa?

—Sí... pero es como si fuera el propietario.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque hace diez meses que no pago el alquiler.

PREGUNTA INDISCRETA

El nene.—Papá, ¿qué haces en tu oficina?

El papá (con enojo).—¡Oh, nada!

El nene.—Y entonces, ¿cómo sabes cuando has terminado?



Un caso de conciencia profesional y religiosa

¿Pueden los médicos suministrar drogas calmantes?—Opinión de la Iglesia.

¿La religión permite al médico aliviar a un moribundo el tránsito de la vida a la muerte al punto de que pierda la conciencia de su estado?

Monseñor Sebastián Hescher, arzobispo de Laodicea, contesta:

''Sin duda alguna, la libertad de un moribundo sería violada gravemente por un médico que, deliberadamente, suministre morfina en dosis suficiente para quitar al enfermo conciencia, al mismo tiempo que la sensación del dolor. Un médico conocido del Dr. Berlureaux ha tenido el triste valor de dar a su mujer tísica, durante dos días seguidos, dosis tóxicas de morfina, a fin de impedir que ''la que amaba con todo su corazón'', sufriera demasiado y se viera morir. La enferma quedó así, durante cuarenta y ocho horas, casi en estado comatoso.

''Creo superfluo decir que la Iglesia condena semejante conducta, no sólo porque ese marido ha privado a su compañera de los últimos auxilios de la religión, que habría aceptado, y acaso pedido, sino también porque ha infringido el mandamiento del Decálogo: ''no matarás''. ¿Ha disminuído, aunque sólo fuere en una hora la vida de su querida mujer? Es posible; pero, sobre todo, es indudable que durante cuarenta y ocho horas paralizó su cerebro, poniéndola fuera de la facultad de pensar, de recogerse, de reconocerse y de arrepentirse de sus culpas. En realidad, ha cometido un verdadero homicidio.

''Supongamos ahora el caso de un enfermo que, vencido por el exceso de sufrimiento, pida la muerte a gritos y suplique que se le dé morfina en dosis adormecedora. ¿Las personas que lo cuidan tienen derecho a acceder a su deseo? Aquí no se presenta la cuestión de la libertad, pero encaramos el temible problema de la *cutanasia.* Este problema ha suscitado, sobre todo en América, discusiones apasionadas, tan cierto es que las malas causas encuentran siempre defensores. Este arte de provocar una muerte dulce ha alcanzado tan alto grado de perfección, que leyendo los detalles poéticos de la muerte de su heroína en el libro de Bentzon, ''El amo de la Tierra'', con la descripción de las sensaciones paradisíacas que acompañan sus últimos momentos, uno se siente inclinado a aprobar esas prácticas, en apariencia dictadas por la más exquisita caridad. Pero la Iglesia vigila, y previendo los abusos inevitables, las condena formalmente. En realidad, sería practicar la ''cutanasia'' ceder al deseo de un enfermo que pide morfina en dosis aletargadora.

De igual modo, la Iglesia no tiene indulgencia para un médico que llamado inopinadamente a atender a un enfermo que delira, no titubea en darle, sin examen previo, una inyección de morfina (aunque ésta no supere a la dosis llamada clásica) al solo fin de procurar tranquilidad a los que rodean al enfermo. Pues esta dosis clásica tiene probabilidad de convertirse en dosis mortal si el enfermo está muy deprimido, si sus riñones son deficientes, si su corazón funciona mal.

''Merece igual condenación el enfermero o la enfermera que con el propósito de procurarse una noche tranquila junto a un enfermo difícil de cuidar, le da una inyección de morfina. Este caso ocurre a veces. Conocimos una enfermera que, así, hizo pasar de la vida a la muerte a una enferma. Cierta noche en que ésta parecía más agitada que de costumbre, le administró una inyección de morfina. ¿La dosis fué demasiado elevada? ¿Esta inyección coincidió con una agravación de la enfermedad? Nadie lo supo jamás. Lo cierto fué que la enferma no volvió a despertarse.

''¿Y qué decir de ciertas niñeras que adquieren su tranquilidad, dando todas las noches al niño que cuidan, una gota de láudano o una solución de morfina, bastante bien dosada para no provocar accidentes y lo suficiente para procurar al niño un sueño profundo? La Iglesia condena semejantes prácticas. Gracias a Dios, son raras. Sin duda por esto, no las ha señalado Marcelo Prevost, en su libro ''Nuestros ángeles de la guarda'', tan revelador bajo tantos conceptos. El doctor Berlureaux nos ha afirmado que había observado ese hecho dos veces, y precisamente en mujeres de nacionalidad extranjera. Vió también a una gobernanta, inglesa, que solía intoxicar por pequeñas dosis de whisky, administradas diariamente durante meses, a una niña de catorce años, que quedó para toda su vida en las fronteras de la locura.''

La sonrisa japonesa

Una de las características de la fisonomía japonesa es su sonriente expresión.

Hasta en los momentos más difíciles, ante los mayores peligros, en las situaciones más dolorosas, sucédale lo que le suceda, el japonés sonríe siempre.

Ese eterno sonreir es desconcertante para los europeos, y a menudo ha dado lugar a interpretaciones erróneas y a desagradables incidentes.

Esa sonrisa imborrable, como estereotipada, no significa ligereza o indiferencia, ni es debida a descaro o a cinismo, ni tampoco es indicio de serenidad imperturbable; es sencillamente una regla de etiqueta y natural consecuencia de una educación secular; al niño japonés se le enseña a sonreir, como se le enseña a saludar a la gente.

Conservar una expresión sonriente en todas las circunstancias se considera correcta norma de vida, ya que esa expresión es la más graciosa y amable.

Para un japonés, nada es menos útil ni de peor educación que dejar ver su desagrado o su cólera.

Si en alguna rarísima ocasión un japonés abrumado por honda pena se abandona a su dolor y llega a llorar, al recobrar la calma pide perdón a los presentes.

—Perdonad mi egoísmo y mi incorrección—se apresurará a decirles.

El siervo despedido por su culpa pide gracia sonriendo.

El niño recibe sonriendo el castigo de sus faltas.

Se cuenta de un viejo japonés empleado por un europeo, que en cierta ocasión, mientras su jefe le reconvenía, conservaba en su rostro inalterable la sonrisa de siempre; el europeo, irritado, no pudo contenerse y le pegó una bofetada.

El viejo, haciendo un enorme esfuerzo, se dominó y se alejó tranquilamente. Pero aquella misma noche se suicidaba... ¡unico modo de reivindicar su honra, puesto que no podía emplear la violencia contra su bienhechor!

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Para quitar el olor a una sartén donde se hayan frito cebolla o sardinas, se pone a la lumbre con agua clara, y cuando hierve ésta se apaga en ella un ascua. Después se friega como de costumbre.

El aroma del café se puede mejorar mucho añadiendo, en el momento de tostarlo, unos cuantos clavos de especia o unos cuantos granos de café superior, como el de Moka o el de Java.

Para mondar los tomates con facilidad basta echarlos un minuto en agua hirviendo o ponerlos un poco a la lumbre como si se fueran a asar. Ambos procedimientos tienen la ventaja de mejorar el gusto del tomate.

El pan duro, bañado un momento en leche o en agua, y puesto después al horno durante unos minutos, se pone tierno y tiene mejor gusto que el pan recién hecho.

La carne conservada en cámaras frigoríficas hay que tenerla unas cuantas horas en la cocina antes de guisarla, porque si no está bien deshelada, sale correosa.

Las nueces secas se refrescan con gran facilidad. Basta tenerlas durante 4 o 5 días en agua salada al 5 por 100. El agua penetra lentamente a través de la cáscara hasta la almendra, la cual se ablanda y se hincha de tal suerte que al comer las nueces parecen frescas. Ni siquiera se altera el sabor y el pellejo se desprende como si el fruto acabara de cogerse del árbol.

La sal tiene por objeto impedir que el agua se corrompa y que absorba demasiado la almendra mediante la dificultad que la sal crea al líquido en su paso a través de las células de la cáscara. Creemos inútil añadir que este rejuvenecimiento no debe practicarse más que con nueces sanas y destinadas al consumo inmediato, y que jamás deben someterse al procedimiento los frutos que vayan a venderse como frescos.

Todas las carnes saladas, como el jamón, la lengua, etc., deben ponerse a hervir en agua fría y con no mucha lumbre, a fin de que se calienten lentamente.

Al asar un ave al horno, debe asarse como de costumbre hasta que se ponga de color dorado obscuro, pero luego conviene dejarla un rato con la pechuga hacia abajo hasta que esté a punto, porque así cae el jugo a la pechuga y se pone suave y tierna.

La cocina

SOPA NEGRA

En una cacerola se caldean dos cucharadas de aceite y se tuestan bastante otras dos de harina. Se agrega caldo del puchero, y cuando cuece a borbotones se incorporan las bolsas, bien repletas de tinta, de doce calamares frescos.

Se hace hervir cinco minutos y se sazona durante la ebullición.

Después se cuela por pasadera fina, y antes de servir se liga fuera del fuego con una cucharada de agua fría.

Esta sopa se hace calando pan, y antes de echarlo en la sopera se retuesta sobre la placa de la cocina o en la parrilla.

Para comidas de vigilia se aumenta la cantidad de aceite, y en vez de caldo de puchero se echa agua.

FILETES DE TERNERA A LA MAYORDOMA

Se cortan en crudo lonchas de ternera, del grueso de dos dedos, y se saltean y doran con manteca de vaca en una cacerola, sazonando tan sólo con un punto de sal.

En el momento de servir, y téngase esto bien presente, se habrá ya picado, muy menudo, perejil fresco o seco, un poco de perifolio y de estragón, y espolvoreando con especias, se hará con todo ello un amasijo con manteca de vacas muy fresca, en la proporción de volumen de una nuez por pedazo de carne.

En una fuente de porcelana, bien calentada en el agua hirviendo, se extenderá el amasijo, y tomando con presteza las lonchas de ternera, se irán empapando y embadurnando en la manteca, que por el calor del manjar y de la fuente se derretirá muy pronto, y se sirve en el acto.

Este es el condimento para carnes, pescados y legumbres a la ''mayordoma'' o ''maître d'hôtel''.

PERDICES CON COLES

Se limpian bien y se chamuscan dos perdices para cuatro personas. Se recogen sus patas hacia dentro y se atan.

Se mechan con tiras de tocino de adentro a fuera y se blanquean dos libras de buenas coles, lombarda de preferencia. Se escurren y pican bien, y se colocan en una cacerola, haciendo dos huecos para las perdices. Colócanse éstas, y se añade media libra de tocino magro, un cuarterón de salchichón crudo, un ramito de perejil y otras yerbas, media libra de zanahorias, media libra de cebollas, especias de todas clases y caldo del puchero, bastante para que quede un dedo por encima de las coles.

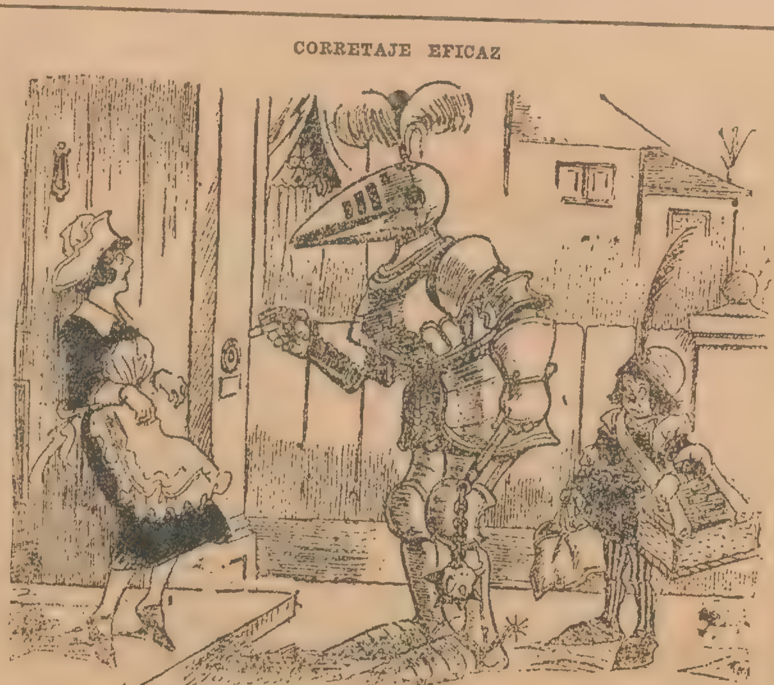
Se agrega un par de cucharadas de grasa de vaca, y a fuego vivo se dan tres o cuatro hervores. Después se coloca sobre la superficie del guiso un almohadillado de papel blanco sin cola, y se cuece a fuego lento.

Para servir es preciso que desaparezca todo el líquido que las legumbres contienen, cosa que se consigue en el horno, o poniendo fuego encima de la tapa de la cacerola.

Se desatan las perdices, se colocan las coles en una fuente y encima las aves con la pechuga hacia arriba.

Este plato es indigesto si no se bebe después una copa de buen Jerez.

CORRETAJE EFICAZ



—No se asuste, joven. Vengo por si desean una caja de pomada para lustrar metales. De su buen resultado, aquí está la muestra.

DESGRACIA CON SUERTE



—¡Ay! Me he mordido la lengua.
—Menos mal que no estás rabiosa.

HISTORIA DE LA MANO CORTADA, por Guillermo HAUFF

—Yo nací en Constantinopla. Mi padre era intérprete en palacio, y además se dedicaba al comercio de esencias y telas de seda. Me dió una buena instrucción, enseñándome él algunas cosas y haciendo que me enseñara otras uno de nuestros sacerdotes. Primero pensó dejarme su comercio; pero como yo saqué ciertas aficiones, por consejo de su amigo me dedicó a médico, pues en Constantinopla un médico que sepa algo más que los charlatanes de feria puede hacer negocio.

Llegaron una vez a mi casa varios franceses, y uno de ellos convenció a mi padre de que me debía enviar a su patria, pues en París podría aprender a conciencia la medicina sin costarme dinero. El mismo ofrecióse a llevarme sin cobrar nada. Mi padre, que en su juventud también había viajado, aceptó, y el francés me dijo que podía prepararme para tres meses después. Yo estaba loco de alegría al pensar que iba a conocer tierras extranjeras, y no veía el momento de embarcarme. Por fin, el francés terminó sus negocios y se dispuso al viaje. La noche antes de partir, mi padre me llevó a su dormitorio. Encima de la mesa vi ricos vestidos y armas, y lo que más llamó mi atención fué un montón de oro, tan grande como nunca lo viera. Mi padre me abrazó y me dijo:

—Mira, hijo mío: aquí tienes vestidos para el viaje. Esas armas son tuyas, son las mismas que a mí me ciñó tu abuelo cuando salí de casa. Sé que las sabes manejar; no las utilices sino cuando seas atacado; pero, eso sí, entonces empléalas sin piedad. Mi hacienda no es muy grande; mira, la he dividido en tres partes: una es tuya; otra servirá para mi sostén y mis ahorros; la tercera será cosa sagrada e inviolable, únicamente para que te sirva en la hora de la necesidad.

Así dijo mi padre, y de sus ojos brotaron lágrimas, quizá como presentimiento de que no le vería más.

El viaje fué bueno; llegamos pronto al país de los franceses, y seis días después entrábamos en la gran ciudad de París. Allí, mi amigo me alquiló una habitación y me aconsejó que emplease mi dinero, que en total ascendía a dos mil duros, con mucha cautela. Permanecí tres años en aquella ciudad y aprendí todo lo que un médico hábil debe saber; mentiría si dijera que me encontré a gusto allí, pues las costumbres de aquella gente no me agradaban, y además, tenía muy pocos amigos; eso sí, todos eran jóvenes nobles.

El ansia de mi patria llegó a ser muy fuerte en mí; en todo el tiempo no había recibido noticias de mi padre, y aproveché la primera oportunidad para volver a mi casa.

Se enviaba una embajada de Francia a la Sublime Puerta. Yo solicité el puesto de cirujano en el séquito del embajador, y llegué felizmente a Estambul. Encontré cerrada la casa de mi padre; los vecinos se extrañaron al verme, y me dijeron que hacía dos meses había muerto. El sacerdote, que fué profesor mío, me entregó la llave, y solo y abandonado penetré en la triste mansión. Encontré todo tal cual mi padre lo dejara; sólo faltaba el dinero que yo debía heredar. Interrogué al sacerdote, y éste, prosternándose, me dijo: "Vuestro padre ha muerto como un santo, pues ha legado su dinero a la iglesia". Aquello me pareció incomprensible; pero, ¿qué iba yo a hacer? No tenía testigo alguno contra el sacerdote, y aun debía agradecerle que no hubiera incluído en el legado la casa y los géneros de mi padre. Esta fué mi primera desgracia, y desde entonces un golpe sucedió a otro. Mi reputación como médico no logró extenderse, pues me avergonzaba hacer el charlatán, y además me faltaba la influencia de mi padre, que me hubiera introducido entre los ricos y nobles, que ya no se acordaban del pobre Zaleucos. Los géneros de mi padre tampoco encontraron salida, pues sus clientes habían desaparecido después de su muerte, y hacerlos nuevos es lento y difícil. Cuando yo reflexioné, desconsolado, sobre mi situación, recordé que en Francia había visto gentes de mi país que recorrían aquella nación exponiendo en los mercados de las ciudades los géneros típicos, que les solían comprar con gusto porque llegaban del extranjero. Supuse que con tal comercio podía ganarse el ciento por ciento. En consecuencia, tomé una decisión. Vendí la casa de mi padre; del dinero que me produjo entregué una parte a un respetable amigo mío para que me la guardara, y con lo restante compré lo que es raro en Francia: chales, telas de seda, perfumes y aceites. Tomé pasaje en un barco y emprendí mi segundo viaje a aquel país.

Apenas dejé atrás el estrecho de los Dardanelos, pareció que la fortuna volvía a mí. Nuestro viaje fué corto y feliz. Recorrí las ciudades grandes y pequeñas de Francia, y en todas partes encontré buenos compradores de mis géneros. Mi amigo de Estambul me envió otros, y de día en día fué creciendo mi patrimonio. Cuando tuve ahorrado lo que yo creí que me permitiría [illegible]arme en alguna empresa importante, me dirigí con mis mercancías a Italia. He de advertir que, además, yo ejercía mi carrera de médico, lo cual me procuraba no poco dinero. Cuando entraba en una ciudad, hacía poner anuncios diciendo que había llegado un médico griego muy notable, que había curado a mucha gente, y mi bálsamo y mis medicinas me produjeron muy buenos cequíes. Al fin llegué a la ciudad de Florencia, en Italia. Me proponía permanecer algún tiempo allí, porque, además de gustarme mucho quería descansar del ajetreo de andar de un lado para otro.

Alquilé un local en el barrio de Santa Cruz, y no lejos de allí, en una posada, un par de habitaciones que daban a una terraza. En seguida hice repartir los anuncios en que me ofrecía como médico y comerciante. Apenas abrí la tienda, penetraron en tropel los compradores, y aunque tenía precios bastante elevados, vendí más que otros, pues era amable y complaciente con mis parroquianos. Llevaba cuatro días muy contento en Florencia. Una noche, después de recoger los géneros y quedarme, según costumbre, solo con los perfumes, en una cajita me encontré con un billete que no recordaba haber puesto allí. Lo abrí, y era una invitación para que aquella misma noche, a las doce en punto, me hallara en el puente que se llama "Ponte Vechio". Por más que pensaba, no podía caer en quién sería quien me invitase, pues no conocía un alma en Florencia, y al fin supuse que quizá quisieran llevarme en secreto a ver algún enfermo, cosa que algunas veces me había ocurrido. Decidí, por lo tanto, ir allá, y por precaución me ceñí el sable que mi padre me regaló en tiempos.

Cuando se acercó la medianoche púseme en camino, y a poco llegué al "Ponte Vechio". Estaba desierto, y decidí esperar hasta que apareciera el que me citaba. Era una noche [illegible]; la luna alumbraba con claridad, y yo me asomé a contemplar las ondas del Arno, que relucían a la luz de la luna. En las iglesias de la ciudad dieron las doce; me incorporé y vi ante mí a un hombre fornido, envuelto en una capa encarnada, cuyo embozo le cubría el rostro

Al principio me alarmé un tanto al verle tan de repente delante de mí; pronto me rehice, sin embargo, y dije:

—Si sois el que me ha citado aquí, decidme qué puedo hacer para serviros.

El de la capa encarnada se volvió y me dijo lentamente:

—Sígueme.

Algo secreto me hacía resistirme a ir solo con aquel desconocido; no me moví, y dije:

—No será, amigo mío, sin que me hayáis dicho dónde; y también podríais dejarme ver un poco vuestro rostro, a fin de que yo juzgue de vuestras intenciones para conmigo.

El hombre rojo no pareció dispuesto a tomarse tal molestia.

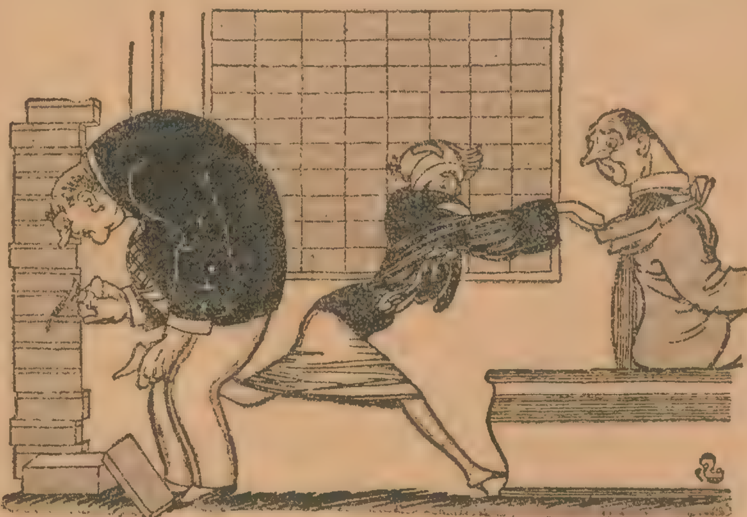
—Si no quieres venir, Zaleucos, quédate—respondió.

Y echó a andar. Aquello me indignó.

—¿Créis—le grité—que un hombre como yo se deja burlar por cualquier majadero, y que he esperado inútilmente en una noche tan fría?

En dos saltos estuve a su lado; le cogí por la capa y le grité más alto aún, mientras con la otra mano me apoderaba del sable; pero me quedé con la capa en la mano, y el desconocido desapareció por la esquina

CAMBIO DE OFICIO



Un momento de distracción del herrador que se puso de dependiente de zapatería.

más próxima. Mi furia se apagó poco a poco; además, tenía la capa, que me serviría de clave para descifrar aquella extraña aventura. Me envolví en ella y me encaminé hacia mi casa. Apenas hube andado cien pasos, alguien pasó muy cerca de mí y me murmuró al oído, en francés:

—Tened cuidado, conde; esta noche no hay nada que hacer.

Antes que yo pudiera mirar a mi alrededor, el individuo aquel desapareció, y sólo vi una sombra que se deslizaba pegada a las casas. Desde luego comprendí que aquellas palabras iban dirigidas a la capa y no a mí; pero aquello no me daba luz alguna. Remití a la mañana siguiente lo que había de hacer. Lo primero que se me ocurrió fué pregonar la capa, diciendo que la había encontrado; pero el desconocido podría llevársela valiéndose de un tercero, y entonces no sacaría nada en limpio. Mientras pensaba en esto observaba más y más la capa. Era de terciopelo genovés muy gordo, color de púrpura, con piel de astracán en sus bordes y ricamente bordada de oro. El misterioso aspecto de la capa sugirióme una idea que decidí poner en práctica. La llevé a mi tienda y la puse en venta, señalándole un precio tan alto que estaba seguro de no encontrar comprador. Mi objeto era mirar fijamente a los ojos a todo el mundo que me preguntara por el abrigo, pues seguramente no dejaría de reconocer entre mil el rostro del desconocido, que, aunque muy de ligero, pude ver cuando perdió la capa. Esta tuvo muchos golosos, pues su extraordinaria magnificencia cautivaba todas las miradas; pero ninguno se parecía al desconocido, ni nadie decidíase a pagar por ella los doscientos cequíes que yo pedía. Mucho me maravilló que al preguntar a unos y otros si no conocían capas semejantes en Florencia, todos me dijeron que no, y aseguraban además no haber visto nunca un trabajo de tanto gusto y riqueza.

Se aproximaba la noche. Entonces llegó un joven a quien yo conocía de otras veces, y el cual aquel mismo día me había hecho ofrecimientos por la capa. Tiró una bolsa llena de cequíes sobre la mesa y dijo: "Por vida mía, Zalcucos, que he de conseguir tu capa, aun cuando tenga que pedir limosna después". Y comenzó a contar su dinero. Me vi en un aprieto; yo había expuesto la capa con la idea de ver si reconocía al incógnito personaje, y se me presentaba un loco capaz de pagarme aquel precio fabuloso. ¿Qué había de hacer? Cedí, pues no pude menos de pensar que sacaba buen partido de mi aventura nocturna. El joven se embozó en su capa y echó a andar; pero en la misma puerta se volvió, y desprendiendo un papel que estaba sujeto a la capa, me lo largó diciendo: "Aquí hay una cosa, Zaleucos, que no es de la capa". Tomé el papel con aire de indiferencia, y me encontré con que decía lo siguiente: "Lleva esta noche, a la hora que sabes, la capa al "Ponte Vechio"; te esperan cuatrocientos cequíes". Quedéme como herido por un rayo. ¡Había destrozado mi felicidad por mí mismo, y no conseguiría mi objeto! No reflexioné mucho; reuní los doscientos cequíes, y eché a correr detrás del que comprara la capa y le dije: "Tomad vuestros cequíes, buen amigo, y dejadme la capa, pues no puedo separarme de ella". El individuo tomó la cosa a broma; pero cuando se dió cuenta de que iba en serio, se enfureció ante mi pretensión, me llamó loco y llegó a pegarme. En el barullo tuve la suerte de arrancarle la capa, y ya me iba a escapar con ella, cuando el joven llamó en su auxilio a la policía y nos llevaron a los dos ante el juez. Este extrañó mucho la causa de la denuncia, y adjudicó la capa a mi enemigo. Yo ofrecí al joven veinte, cincuenta, ochenta, hasta cien cequíes más de lo que me había pagado por la capa con tal de que me la dejase. Lo que mis ruegos no lograron lo consiguió mi oro. Tomó mis buenos cequíes, y yo me llevé mi capa, teniendo que sufrir con calma que en todo Florencia me calificasen de loco. La opinión de las gentes no me importaba un bledo; yo sabía mejor que ellos que aún salía ganando en el negocio.

Esperé la noche con impaciencia. A la misma hora del día anterior me dirigí al "Ponte Vechio". Con la última campanada de las doce salió de la obscuridad una figura que se dirigió a mí. Era el mismo hombre de la noche antes; no cabía duda.

—¿Tienes la capa?—me preguntó.

—Sí, señor—respondí—; pero me cuesta mis buenos cequíes.

—Ya lo sé—replicó el desconocido.—Mira, aquí tienes cuatrocientos.

Se internó conmigo en la parte ancha del puente y me contó las monedas. Había cuatrocientas, que brillaban extraordinariamente a la luz de la luna; su brillo alegraba mi corazón. ¡Ah, qué lejos me hallaba de suponer que habría de ser aquella mi última alegría! Metíme el dinero en el bolsillo y traté de observar a mi gusto al buen desconocido; pero éste tenía un antifaz cubriéndole en el rostro, y sólo pude ver sus ojos obscuros que me miraban terribles.

—Os doy las gracias por vuestra bondad, señor—le dije.—¿Qué queréis ahora de mí? Pero debo advertiros que no ha de ser nada indigno.

—Advertencia inútil—respondió él mientras se colocaba la capa sobre los hombros;—necesito vuestra ayuda como médico, pero no para un vivo, sino para un muerto.

—¿Cómo puede ser eso?—exclamé yo lleno de asombro.

—He llegado con mi hermana de lejanos países — empezó a decirme, indicándome al tiempo que le siguiera;—vivía aquí con ella en casa de un amigo de mi familia. Mi hermana murió ayer de una enfermedad repentina, y los parientes quieren enterrarla mañana. Es una costumbre antigua en nuestra familia que todos los miembros de ella sean enterrados en la tumba de sus padres; muchos que murieron en el extranjero fueron embalsamados y trasladados allí. A mis parientes les cederé el cuerpo; pero a mi padre le llevaré, pòr lo menos, la cabeza de su hija para que la vea una vez más.

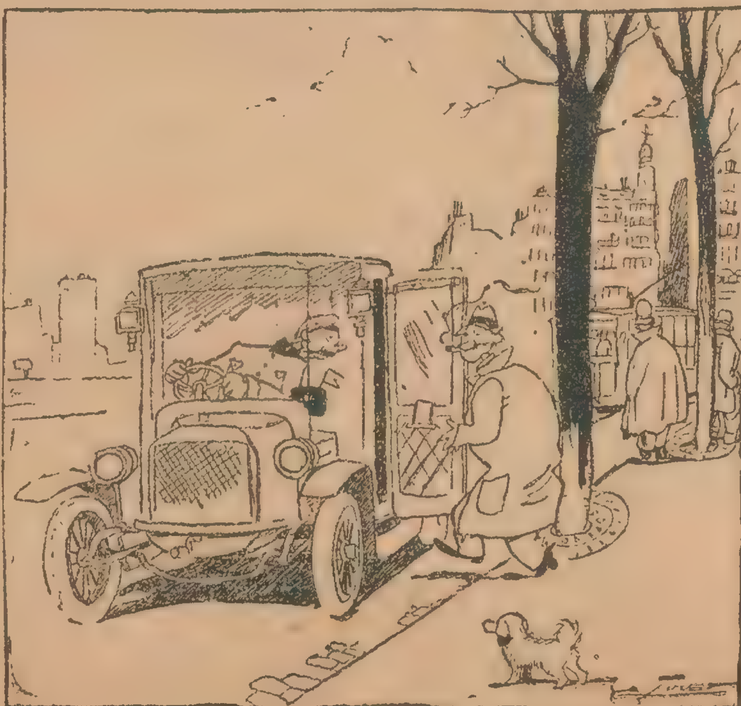
Esta costumbre de cortar la cabeza de las personas queridas parecióme un tanto terrible, pero no me atreví a replicar nada, por temor de ofender al desconocido. Le dije entonces que podía encargarme de embalsamar a los muertos, y le rogué que me llevara donde estaba el cadáver. Pero no pude resistirme a preguntarle por qué hacíamos aquello tan en secreto y por la noche. El respondió que sus parientes, que tenían su designio por cruel, no le permitirían hacer nada de día; pero que, una vez cortada la cabeza, ya no podrían decir nada; claro está que él pudo haberse llevado la cabeza, pero un sentimiento natural le impidió el cortarla él mismo.

Entre tanto llegamos a una casa grande y magnífica, que mi acompañante me señaló como término de nuestro paseo nocturno. Pasamos por delante de la puerta principal; entramos por un postigo, que el desconocido cerró cuidadosamente tras de sí, y subimos a obscuras por una escalera de caracol. Condújome por un pasillo mal alumbrado, y llegamos a una habitación iluminada por una lámpara que pendía del techo.

En la habitación había una cama, en la cual yacía el cadáver. El desconocido volvió la cabeza, y yo creí notar que trataba de ocultar las lágrimas. Señaló a la cama, ordenóme despachar mi cometido pronto y bien, y salió del cuarto.

Cogí mi cuchillo, que como médico siempre llevaba encima, y me acerqué a la cama. Sólo se veía la cabeza del cadáver; pero era tan hermosa, que sin poderlo remediar sentíme sobrecogido por la más profunda compasión. El cabello le caía en largas trenzas; el rostro estaba pálido; los ojos, cerrados. Practiqué una incisión en la piel, como hacen los médicos cuando seccionan un miembro. En seguida tomé mi cuchillo muy afilado, y corte de un golpe el cuello. ¡Qué horror! La muerta abrió los ojos, volvió a cerrarlos en seguida, y con un profundo suspiro pareció que en aquel momento expiraba. Un torrente de sangre tibia brotó de la herida. Yo me convencí de que había matado a la infeliz; pues no cabía duda de que estaba muerta; aquella herida era incurable. Me quedé anonadado ante lo ocurrido. ¿Me había engañado el hombre de la capa encarnada, o es que su hermana estaba muerta sólo en aparienia? Esto último parecíame lo más verosímil. Pero yo no debía decir al hermano de la muerta que quizá un golpe menos fuerte la hubiera vuelto en sí sin matarla. Así que decidí cortar la cabeza del todo: asesté otro golpe; la moribunda estremecióse de nuevo, agitóse en una convulsión dolorosa y expiró. Entonces apoderóse de mí el terror, y, temblando, salí de aquella estancia. En el pasillo todo estaba obscuro; pues la luz se había apagado; no pude descubrir la menor huella de mi acompañante, y tuve que orientarme en la obscuridad, deslizándome a lo largo de la pared para llegar a la escalera de caracol. Di con ella al cabo, y medio cayéndome, medio arrastrando la bajé. Abajo tampoco encontré a nadie; la puerta estaba entornada, y respiré cuando me vi en la calle, pues en la casa lo había pasado de un modo siniestro. Espoleado por el miedo, corrí a mi casa y me enterré entre los almohadones de mi cama, tratando de olvidar todo el horror de lo que había hecho. El sueño huyó de mis párpados, y hasta por la mañana no pude recobrarme un poco. Parecióme verosímil que el hombre que me condujo

A LA MEDIDA



—¿Adónde, señor?
—Hasta donde el taxímetro marque 0.80, que es lo que tengo en el bolsillo.



a cometer tan abominable crimen —así me parecía ya—no habría de delatarme. Decidí, pues, ir a mi tienda, como de costumbre, y procurar aparecer con un aspecto tranquilo. ¡Pero, ah! Una circunstancia, que hasta aquel momento no advertí, aumentó mi turbación. Me faltaban el gorro y el cinturón, lo mismo que mi cuchillo, y no estaba seguro si los había dejado en la estancia de la muerta o si los perdí en mi huída. Por desgracia, lo más verosímil era lo primero, y por ello me podían acusar de asesino.

A la hora acostumbrada abrí mi tienda. Mi vecino se acercó, como solía hacer todas las mañanas, pues era hombre comunicativo.

—¿Qué os parece la horrible tragedia — comenzó a decir — que ha ocurrido esta noche?

Yo me hice de nuevas.

—¡Cómo! ¿No sabéis una cosa que corre por toda la ciudad? ¿No sabéis que la flor de Florencia, "Bianca", la hija del gobernador, ha sido asesinada? ¡Ah! Ayer la vi paseándose por las calles, tan contenta, con su novio, porque hoy habían de celebrarse sus bodas.

Cada palabra de mi vecino era un puñal que se clavaba en mi corazón, y mi martirio renovábase a cada momento, pues todos los parroquianos me repetían la historia, cada uno con detalles más espeluznantes; y, sin embargo, nadie la podía saber tan espantosa como yo mismo. A eso de mediodía entró en mi tienda un individuo de justicia y me rogó que alejara a la gente.

—"Siñore" Zaleucos—dijo, sacando los objetos que yo echara de menos—¿le pertenecen estas cosas?

Se me ocurrió negar rotundamente; pero como viera por la puerta entreabierta a mi huésped y a otros conocidos que podrían atestiguar en contra mía, decidí no empeorar la situación con una mentira, y reconocí los dichos objetos. El hombre aquel me hizo seguirle, y me condujo a un gran edificio, en el que reconocí la cárcel. Allí me llevó a un calabozo hasta nueva orden.

Mi situación era horrible, y así la consideré al encontrarme solo y reflexionar. La idea de haber cometido un asesinato, aun en contra de mi voluntad, no se apartaba de mi mente. Tampoco podía ocultárseme que el brillo del oro era el que había embotado mis sentidos, pues de no ser así no hubiera caído en el lazo tan a ciegas. Dos horas después de prenderme me sacaron del calabozo. Me hicieron bajar varias escaleras, y me introdujeron en un gran salón. Alrededor de una gran mesa, cubierta de negro, sentábanse doce individuos, en su mayoría ancianos. A lo largo del salón había bancos, donde se veía a lo más distinguido de Florencia. En las galerías que circundaban la parte alta del salón, agrupábanse los curiosos. Cuando fuí llevado ante la mesa negra, se levantó un hombre de aspecto serio y triste; era el gobernador. Dijo a los presentes que no podía juzgar en aquella causa, por ser el padre de la víctima y, que, por lo tanto, delegaba en el senador más antiguo. Este era un anciano de lo menos noventa años, en cuyas sienes veíanse unos cuantos cabellos blancos y ralos; pero sus ojos brillaban con fuego, y su voz era fuerte y firme. Levantóse para preguntarme si confesaba mi asesinato. Pedíle que me escuchase, y conté, tranquilo, y con voz segura todo lo que había hecho y sabía. Observé que durante mi relato, el gobernador estaba tan pronto pálido, tan pronto sofocado, y cuando terminé exclamó furioso:

—¡Miserable! De modo que un crimen que has cometido por codicia, quieres atribuírselo a otro...

El senador le amonestó por la interrupción, pues había renunciado voluntariamente a su derecho, y además, no estaba demostrado que yo hubiese cometido el crimen por codicia, puesto que, según su afirmación, la muerta no había sido robada. Y aun dijo más. Declaró al gobernador que tenía que dar cuentas de la vida anterior de su hija, pues únicamente de ese modo podía sacarse en consecuencia si yo decía o no la verdad. Luego suspendió el juicio por aquel día para examinar los papeles de la víctima, que el gobernador había de entregarle. Yo fuí conducido a mi calabozo, donde pasé un día muy triste, deseando ardientemente que se descubriese alguna relación entre la muerta y el hombre de la capa encarnada. Muy esperanzado me presenté al otro día en el salón del juicio. En la mesa había varias cartas. El senador viejo me preguntó si eran de mi letra. Las miré y vi que eran de la misma mano que los dos billetes que yo recibiera. Así lo dije a los senadores; pero no parecieron fijarse mucho en ello, y me dijeron que las podía y las debía de haber escrito, pues la letra que aparecía en ellas como firma era una Z., la inicial de mi nombre. Las cartas contenían amenazas a la muerta y lamentaciones por el casamiento que debía verificarse en breve.



FRIGORIFICA

—Y esté usted segura de que no es su dote lo que persigo, pues ya he oído decir que no están ustedes de dinero tan bien como parece.

Sin duda, el gobernador hizo algunas advertencias en contra de mi persona, pues aquel día tratáronme con más desconfianza y dureza. Confiaba yo para mi justificación en los papeles que encontrarían en mi cuarto; pero, según me dijeron, por más que buscaron no hallaron nada. Después de aquella sesión perdí toda esperanza; y cuando al tercer día me presenté ante los jueces, me leyeron la sentencia, que era de muerte por haber cometido un crimen premeditado. No había, pues, remedio para mí, y tenía que resignarme sin culpa a una muerte infamante, lejós de mi patria, abandonado por todos y en la flor de mi juventud.

En la noche del día en que se decidió mi destino, hallábame yo sentado en mi solitario calabozo, con mi pensamiento puesto en la muerte, cuando se abrió la puerta, dando paso a un individuo, que se quedó mirándome fijamente:

—¡Por fin te encuentro, Zaleucos! —dijo.

No lo había reconocido a la luz mortecina de la lámpara; pero el sonido de su voz despertó mis recuerdos. Era Valetty, uno de los pocos amigos que tuve en París en mi época de estudiante. Me dijo que había llegado a Florencia por casualidad, pues su padre vivía allí y era muy conocido; que había oído hablar de mi asunto, e iba a verme y a saber de mis labios por qué circunstancias había llegado a tal extremo. Le relaté toda la historia. Asombróse extraordinariamente y conjuróme a decirle a él, mi único amigo, toda la verdad para no separarnos con una mentira. Juré por lo más sagrado que decía la verdad, y que mi única culpa era haberme dejado cegar por el brillo del oro, al punto de no considerar inverosímil la historia del desconocido.

—¿Entonces no has conocido a "Bianca"?—me preguntó.

Le aseguré que nunca la había visto. Valetty me dijo entonces que en todo aquel cuento había un misterio; que el gobernador había apresurado cuanto pudo mi condena, y que se decía entre las gentes que yo conocía de mucho tiempo atrás a "Bianca", y, que la maté por vengarme al saber que pensaba casarse con otro. Hícele observar que todo aquello debía ser obra del de la capa encarnada; pero yo no podía probar de manera alguna su in-

tervención en el hecho. Valetty me abrazó y prometióme hacer lo humanamente posible por salvarme la vida cuando menos. Tenía pocas esperanzas, aun cuando sabía que Valetty era un hombre instruído y muy conocedor de las leyes, y que haría cuanto estuviera en su mano por salvarme. Dos días eternos permanecí en la incertidumbre; al fin se presentó Valetty.

—Te traigo algún consuelo, aunque muy triste. Tendrás vida y libertad, pero has de perder una mano.

Conmovido di las gracias a mi amigo por mi vida. Me dijo que el gobernador se había negado en absoluto a permitir que se instruyera una nueva causa. Que al fin, para no pasar por injusto, accedió a que buscasen en los libros de historia florentinos un caso semejante al mío, conformándose con que se me impusiera la pena que se aplicara en el casa análogo. El y su padre se dedicaron día y noche a rebuscar libros, y al fin encontraron un caso igual al mío. Allí figuraba la pena impuesta: "Perderá la mano izquierda, se confiscarán sus bienes y será desterrado para siempre". Aquel sería también mi castigo, y por lo tanto podía irme preparando para las horas dolorosas que me esperaban. No quiero referiros aquellas horas terribles en que, en la plaza pública, tuve que poner mi mano en el tajo y ver derramarse a torrentes mi propia sangre.

Valetty me llevó a su casa, y allí permanecí hasta que me curé; luego, generosamente, me dió dinero para el viaje, pues todo lo que yo ahorrara con tanto trabajo fué presa de la justicia. Desde Florencia me dirigí a Sicilia, y de allí, en el primer barco que encontré, a Constantinopla. Mi esperanza era la cantidad que entregué a mi amigo; así es que en seguida fuí a verle y le pedí que me diera albergue en su casa. ¿Cuál no sería mi asombro al oirle decir que por qué no me alojaba en la mía? Contóme que un individuo había comprado en mi nombre una casa en el barrio de los griegos, diciendo a los vecinos que yo no tardaría mucho en ir. Me dirigí allá con mi amigo, y todos mis antiguos conocidos recibiéronme muy bien. Un viejo comerciante me entregó una carta que dejó para mí el comprador. Decía así:

"¡Zaleucos! Dos manos están dispuestas a procurar sin descanso que



PENSAMIENTOS

Quiero marchar sin culpas a través de la vida,
para seguir después por la senda florida.

Quiero, cuando me muera, que no me falten flores,
porque ellas son el bálsamo de todos mis dolores.

Quiero seguir andando, sin doblegar mi frente,
porque me siento altivo, justiciero y valiente.

Quiero estar siempre lejos de la gran sociedad,
porque estoy por encima de toda falsedad.

Quiero estar cultivando el jardín de mis versos,
y vivir olvidando corazones perversos.

Quiero estar en mi alcoba, donde no existe velo,
pensando en el enigma que nos ofrece el cielo.

Quisiera ser el nervio de la mano que aprieta,
y asfixiar con los dedos la gente con careta.

Quisiera ser las rejas que llevan los arados,
y rasgar las entrañas de los enmascarados.

Quisiera ser las iras de todos los leones,
y exterminar por siempre los malos corazones.

Quisiera yo volar, lo mismo que los vientos,
y esparcir por el mundo los grandes pensamientos.

Y para los que viven, manchando la virtud,
quisiera como premio, un inmenso ataúd.

Adolfo **GARCÍA.**

no lamentes la pérdida de "una". La casa que ves y cuanto contiene es tuyo; todos los años tendrás lo suficiente para que puedas contarte entre los ricos de tu país. ¡Ojalá puedas perdonar al que es mucho más desgraciado que tú!".

Podía imaginarme quién me escribía. El comerciante respondió a mis preguntas diciéndome que aquel hombre le había parecido un francés, y que iba envuelto en una capa encarnada. Era lo bastante para convencerme de que se trataba del desconocido, que, por lo visto, no carecía de nobles sentimientos. En mi nueva casa encontré todo perfectamente instalado, hasta un almacén con géneros mucho más preciosos de los que yo tuve nunca.

Diez años han trascurrido desde entonces. En todos he recibido mil monedas de oro; pero, aun cuando me produce cierta alegría saber que aquel desgraciado es un hombre noble, ello no basta para alejar el pesar de mi alma, pues siempre vive en mí el recuerdo de la horrible imagen de "Bianca" asesinada.

Zaleucos, el mercader griego, terminó su relato. Todos los presentes le escucharon con gran interés, y al extranjero, sobre todo, conmovióle tanto, que varias veces suspiró profundamente, y a Muley le pareció que hasta tenía lágrimas en los ojos. Comentaron la historia durante mucho tiempo.

—¿Y no odiáis al desconocido que tan vilmente os hizo perder un miembro de vuestro cuerpo y hasta puso vuestra vida en peligro?—preguntóle el extranjero.

—En la primera época—respondió el griego—hubo momentos en que maldecía ante Dios a aquel que me causara tal dolor y envenenara mi vida; pero las creencias de mis padres me consuelan, y ellas me mandan amar a mi enemigo; además de que él es seguramente más desgraciado aún que yo.

—Sois un hombre noble—exclamó el extranjero conmovido, estrechando la mano al griego.

El jefe de la escolta interrumpió la conversación. Entró en la tienda con cara preocupada y advirtió que no debían entregarse al descanso, pues eran aquellos los parajes en que las caravanas solían ser atacadas, y sus hombres creían haber notado la presencia de algunos jinetes que se acercaban a lo lejos.

Los comerciantes se inquietaron mucho con esta noticia; Selim, el extranjero, asombróse ante la inquietud, y les dijo que estaban tan bien guardados que no debían temer ni a un ejército de bandidos.

—Sí, señor—respondió el jefe de la escolta.—Si sólo se tratara de tal canalla, podríamos estar tranquilos; pero de algún tiempo a esta parte suele presentarse el terrible Orbasan, y no hay que fiarse.

El extranjero preguntó quién era ese Orbasan, y Achmet, el comerciante viejo, respondióle:

—Entre el pueblo corren toda clase de leyendas acerca de ese hombre extraordinario. Unos le consideran como un ser sobrenatural, pues a veces ha sostenido luchas solo, con cinco y seis hombres; otros suponen que es un francés valiente, a quien la desgracia ha traído por estos contornos; pero lo indudable es que se trata de un temible bandido y ladrón.

—Eso no se puede decir—repuso Lezah, otro de los comerciantes.—Si bien es cierto que es un bandido, no lo es menos que se trata de un hombre noble, y como tal se portó con mi hermano, como puedo demostraros. Ha organizado su tribu, y mientras él atraviesa el desierto, no debe aventurarse en él ninguna otra. Tampoco roba como otros, sino que exige a las caravanas una especie de impuesto, y las que se lo pagan sin protesta pueden seguir su camino sin peligro alguno, pues Orbasan es el amo del desierto.

Mientras así hablaban los viajeros en la tienda, las guardias, que se habían colocado en diferentes puntos del campamento, comenzaban a sentirse inquietas. Un grupo considerable de gentes divisábase a una distancia de media legua dirigiéndose al campamento. Uno de los hombres entró en la tienda para anunciar que sería probable un ataque. Los comerciantes consultaron entre sí qué sería más conveniente: si salir a buscarlos o esperar el ataque. Achmet y los otros dos mercaderes más viejos fueron partidarios de esto último; el fogoso Muley y Zaleucos opinaban que lo mejor era lo primero, y pidieron su concurso al extranjero. Este, tranquilamente, sacó de su cinto un pañuelito azul con estrellas encarnadas, atólo a una lanza y ordenó a un esclavo que la clavara sobre la tienda, apostando su vida a que, cuando los jinetes vieran aquella señal, pasarían de largo tranquilamente. Muley no tenía confianza alguna en el resultado; pero, sin embargo, puso la lanza en lo alto de la tienda. Entre tanto, todos los que ocupaban el campamento habían echado mano a las armas y esperaban excitados la llegada de los jinetes.

Pero éstos que divisaron la señal encima de la tienda, dieron media vuelta de repente, y, tomando la dirección contraria al campamento, internáronse, alejándose, sin intentar nada.

Maravillados quedaron un momento los griegos, mirando al extranjero y luego a los jinetes. Aquel permanecía impasible delante de la tienda, como si nada hubiera ocurrido, contemplando la llanura. Por fin Muley rompió el silencio:

—¿Quién eres, poderoso extranjero—exclamó—que dominas con un gesto a las hordas salvajes del desierto?

—Me dais más importancia de la que merezco—respondió Selim Baruch.—Me armé de este signo cuando escapé al cautiverio; lo que significa no lo sé; sólo sé que el que viaja con él se coloca bajo una protección segura.

Los mercaderes dieron las gracias al extranjero, llamándole su salvador. Ciertamente, el número de los jinetes era tan crecido que la caravana no hubiera podido resistir mucho tiempo.

Alegres y satisfechos, se entregaron todos al descanso, y cuando el sol empezó a caer y se levantó el vientecillo de la noche en la llanura de arena, levantaron el campo y siguieron su camino.

Al día siguiente hallábanse a cosa de un día de jornada de la salida del desierto. Cuando los viajeros se reunieron de nuevo en la gran tienda, Lezah, el comerciante, tomó la palabra:

—Ayer os dije que el temible Orbasan es un hombre noble; permitidme que os lo demuestre contándoos lo ocurrido a mi hermano. Mi padre era cadí en Acara. Tenía tres hijos. Yo era el mayor; mi hermano y mi hermana eran mucho más pequeños. Cuando yo cumplí veinte años me llevó a su lado un hermano de mi padre. Me nombró heredero de sus bienes, con la condición de que permaneciese a su lado hasta su muerte. Pero llegó a una edad tan avanzada, que yo no volví a mi patria hasta hace dos años, y no sabía nada de la triste suerte que mi casa corriera y cómo la cambiara la bondad de Alá.

EN LOS DULCES LABIOS



—Dice Alfredo que es una mujer que viéndola una vez, se enamora uno de ella.
—¿Y por qué no se casó con ella?
—Porque la vió muchas veces.

La piel de mono

La piel de mono, que a tan alto precio se paga, y cuyo uso se extiende cada día más, no es tal piel de mono.

Realmente, pensando en ello, no se explicaba bien que siendo los monos unos animales astutos y ágiles como ningún otro, se dejasen cazar en número suficiente para que con sus pieles se pudieran adornar tantos vestidos y hacerse tantos manguitos y tantos abrigos, para algunos de los cuales se necesitaría por lo menos un par de chimpancés.

"Excelsior" nos da la explicación, que es muy sencilla.

Desde que hicieron la revolución, los chinos han repudiado la coleta, que históricamente representaba para ellos una marca de infamia, el recuerdo de la dominación manchú.

Hoy apenas queda un "celeste" que conserve la trenza, y ya se sabe que hay más de 400 millones de chinos.

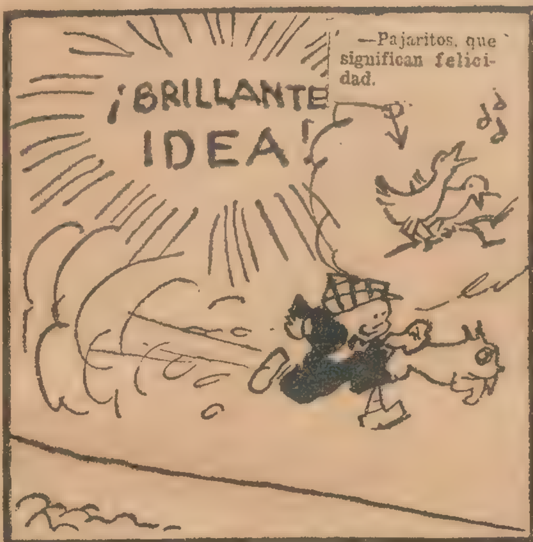
Los miles de miles de coletas que han sido rapadas no pueden utilizarse sino en una mínima parte por los peluqueros, por ser en general, de cabellos ásperos y duros; pero se prestan a una admirable aplicación: a la imitación del pelo de las monas.

Esto no resultará excesivamente lisonjero para los chinos; en cambio, es bastante tranquilizador para los monos, y asegura un bonito **negocio a los** peleteros.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí







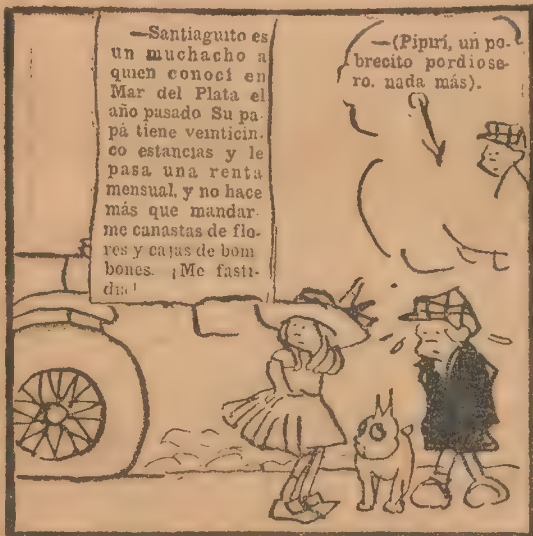


















EL BAÚL DEL CRIMEN

Larga es la lista de tragedias en las que ha figurado un cofre; pero de todos los casos que se recuerdan, sólo en uno ha dejado de ser descubierto el asesino.

En París, en 1832, cierto individuo llamado Regey envenenó a un amigo suyo apellidado Ramus, mozo de cordel de oficio, y arrojó la cabeza del muerto al Sena metida en un cajón, pero casi inmediatamente lo sacaron a flote unos barqueros, y no tardaron en descubrirse todos los detalles del delito.

En 1850 murió asesinado por su criado Poivier Desfontaines, conocido comerciante en bronces artísticos, de París. Vion, el asesino, envió el cadáver a Chateauroux, metido en un baúl, y allí permaneció hasta que se descubrió su fúnebre contenido. Del criminal no había ningún rastro, y sólo se le pudo capturar gracias a una artimaña muy ingeniosa del célebre Canler, el cual publicó en todos los periódicos un suelto diciendo que era inútil buscar al criminal, porque había conseguido huir a España. Al leer esto, Vion creyó que la policía había dejado de perseguirle, y se presentó imprudentemente en París, donde fué capturado.

Pocos años después Victor Domby imitó la hazaña de Vion, enviando el cadáver a Lyon en un baúl, y cuando se descubrió el crimen recayeron sospechas sobre un amigo del criminal que había sido quien había comprado el cofre y lo había llevado a la estación, sin saber lo que contenía, pero en seguida se deshizo el error y cayó en poder de la policía el verdadero asesino.

Como ejemplo terrible de insensibilidad puede citarse el del joven Vitalis, que estuvo todo un día sentado sobre un baúl que contenía el cadáver de su madre, asesinada por una muchacha llamada María Boyer, la cual estuvo también en compañía de Vitalis.

El asesinato de Gouffé por Juan Eyraud y Gabriela Bompard, fué una de las concepciones más diabólicas que se recuerdan. En este caso figuró también un baúl.

En los Estados Unidos han ocurrido dos crímenes por lo menos en los que ha intervenido un cofre. En 1841 Samuel Adams fué asesinado por John C. Colt, profesor de caligrafía, y su cadáver encerrado en un baúl fué embarcado en un buque con rumbo a Nueva Orleans, pero el barco tardó en la travesía más tiempo del que esperaba y el olor del cofre delató su contenido.

Otro caso es el de Alica Augusta Rowlsby, joven bellísima, de cuya muerte fué culpable un médico. El asunto estuvo rodeado de gran misterio. Una noche llegó en un carruaje a la estación del ferrocarril de Hudson, una mujer con un gran baúl, y quiso facturarlo para Chicago, pero como no salía ningún tren hasta la mañana siguiente, la mujer lo dejó en la estación y desapareció rápidamente. El crimen no tardó en descubrirse, y fué preso un médico, en cuya casa se encontraron trozos de las ropas de la víctima.

Holmes, otro yanqui, utilizaba el baúl no sólo para ocultar los cadáveres de sus víctimas, sino para matarlas. Primeramente las adormecía con una droga, y luego las encerraba en un cofre, en el que enchufaba una cañería de gas que las asfixiaba.

En Inglaterra es muy conocido el llamado "Misterio de la calle de Harley" ocurrido en 1878, y no aclarado todavía. En este caso la víctima, que era una mujer, no apareció en un baúl, sino en un tonel.

Arturo Devereux, farmacéutico, asesinó a su mujer y a sus dos hijos, y los metió en un baúl relleno de cemento, pero a pesar de estas y otras precauciones que tomó fué descubierto su delito.

Como criminal feroz puede recordarse a Edgardo Edwards, que entró en tratos con Mr. Daby para comprarle una tienda de comestibles en Camberwell y le asesinó a él, a su mujer y a su hijo, enviando luego los cadáveres en dos cajones y un baulito pequeño a otro pueblo, donde los enterró en el jardín de una casa que acababa de alquilar. Pero allí quiso asesinar a otra persona, y al intervenir en el hecho la policía se descubrieron papeles del tendero de comestibles, que sirvieron para aclarar un misterio, que, de otro modo, no se hubiera aclarado jamás.

BIBLIOGRAFÍA

"Héroe Epónimo y otros Poemas Americanos", por Alejandro Andrade Coello. Quito.—Ecuador.

Desde el Ecuador, el escritor señor Alejandro Andrade Coello me envía su último libro de versos con el título de estas líneas.

La obra de Andrade Coello tan basta como valiosa le ha dado un justo renombre en su país, donde es una de las figuras más culminantes.

"Héroe Epónimo y otros Poemas Americanos", es un tomito de composiciones varias en su forma y concepto. El autor que se siente inspirado por la musa épica, siendo ésta su predilecta, sabe encerrar en el conjunto armonioso de versos, el pensamiento patriótico que lo anima, que lo hace rememorar a aquellos campeones valientes que supieron dar la libertad a su país.

En todos estos poemas campea una imaginación ardorosa; la fibra poética del autor está en ellos latentes. Tiene este librito otras poesías que se apartan del concepto apuntado, en las que aplaude a Francia, a Castilla al Trabajo y a la Paz. Todas ellas como las demás estrofas encierran el mismo caudal de inspiración, idéntica armonía.

El señor Coello, poeta de verdad que no rescata nada a sus estados de alma y se manifiesta sinceramente, puede juzgarse por el soneto que transcribo:

EL MAGISTERIO

Dura sigue la brega. En el camino
despojos de mi ser, como cendales
flotan. De la verdad soy peregrino
que mi sed sacio en fuentes inmortales.

Contra el peñón del odio y desatino
se estrellaron, a veces, mis ideales;
más supe derrotar, al fin con tino,
la hueste de pecados capitales.

Si mi obra queda en ruinas, ¡ay! me alienta
la flor de las ocultas gratitudes
que algún alma cultiva en su santuario.
Y si prosigo en esta lid incruenta,
debo de aquel aroma a las virtudes
que aminoran la hiel de mi calvario.

En la siguiente composición la idea fluye clara y el pensamiento final que matiza el soneto, es flúido y original. Y así todo este librito está trazado profundamente con emoción y colorido.

F. B. V.

"Hacia Oriente", por José Francisco Capdevila.

Acaba de aparecer este libro, cuyo autor es un joven poeta cordobés, quien, a pesar de sus escasos años, y poniendo en evidencia un dominio completo de la técnica literaria, ha logrado producir una obrita no poco significativa, para ser la primera.

La mayor parte de las composiciones que informan el breve volumen, están bien realizadas desde todo punto de vista literario. El verso sale fácil, con fluidez y galanura, y siempre con una suavidad que acentúa delicadamente la melancolía que brota de ellos. La forma variada, así como también el ritmo, concurren a hacer de cada estrofa un trocito ameno que puede leerse y hasta saborearse agradablemente.

LAS GAVIOTAS

....

"Cuando la tarde a declinar empieza,
vuelve; y sus alas fatigadas posa,
en el peñón donde su nido cuelga,
que oculta ya la vespertina sombra.
Con rítmico compás las alas bate,
cuando comienza a despuntar la aurora,
y parece, al volar, rozar apenas,
de la rizada mar las leves ondas:
y en el cristal marino que los rayos
de un sol primaveral visten de rosa,
humedece sus plumas en el agua
y se aleja volando triunfadora.

....

"No sé qué de recuerdos trae al alma
al esfumarse entre la niebla: evoca
ilusiones que el viento del olvido
arranca de la mente cuando sopla!

Una vaga tristeza queda en el espíritu luego de haber leído la estrofa. Es que todos los versos están impregnados de un sentimentalismo discreto y fiel a la psicología del poeta, al cual no le cuesta trabajo reflejar en cada verso el estado de alma que más le cuadra, y transmitírselo al lector.

....

"Sólo una vez la vi, y un sólo instante...
Mas, ¡la he soñado tanto! que dijera,
que las estrofas de mis versos, todas,
son las del canto de mi amor por ella!

———

¿Inspiración? Acaso poca todavía. Y aunque esta cualidad es tan principal en los poetas y, sobre todo, que debe ser tan ingénita, no es posible exigírsela de golpe a un joven que recién ha producido una obrita breve, un primer ensayo, sin pretensiones de ningún género. Pero la inspiración vendrá, como vendrán otras cualidades indispensables para ser buen poeta.

Puede decirse que la literatura de José Francisco Capdevila no es muy nueva, que no está en ambiente, sin querer significar por esto, que debe hacerse exótico, como muchos jóvenes se hacen actualmente, con lo que no logran otra cosa que echarse a perder o fracasar. Pero el autor de este libro debe modernizar un poco su literatura, que a veces da la sensación de estar en una antigua sala aspirando olor a muebles viejos. Y esto puede llevarse a cabo sin necesidad de sacrificar el clasicismo en que parecen moldeados sus versos. Asimismo, nótase desigualdad, en ocasiones, manifiestas, respecto de la fuerza de una estrofa comparada con otra de la misma composición. Es una falla propia de todo novel. En ella se incurre por falta de tino y excesiva blandura que observa el autor para consigo mismo. En esto, como en la selección de las composiciones, debe todo autor restringirse; no conformarse con la cantidad, ni dejarse de castigar severamente en el cuidado que es preciso poner en la construcción del verso.

¿Y la tendencia literaria de este joven autor? Parece todavía no definida. Se advierte que no ha encontrado aún el rumbo por donde ha de seguir. Está desorientado, como todo principiante. Por eso le hace versos a la novia, a los padres, a la casa en que habita, a las aves del mar, etc., etc.

Yo vería con todo placer que el autor de "Hacia Oriente" diera con un porte poético mejor y más rico que el que parece insinuárselo. Placer grande me causaría que este autor fuese, con el tiempo, uno más de los muy escasos que cultivan las cosas nuestras (por ser nacionales como quien dice factura argentina), así como hacen Juan Carlos Dávalos, Luis L. Franco y algún otro.

La evolución artística nacional es promisoria en los tiempos que corren. Todo lo nuestro se empieza a cotizar con un valor propio. Así, pintores como Fader, Bermúdez; escritores como Dávalos, Franco, etc., tienen verdadero porvenir dentro del arte nativo que cultivan, a la vez que, a los efectos espirituales, queda la satisfacción de realizar obra argentina, con cuyo punto de contacto tiene mucho que ver el patriotismo de verdad.

J. D. U.

Hemos recibido:

Las primeras espigas, novela por José M. del Hogar.

Rosas de cerco, versos por A. Larran de Vere.

Bíblico vino, poesías por Guillermo Sullivan.

Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia, por José Ingenieros.

Nuevos rumbos educacionales, por Adolfo Vázquez-Gómez, profesor de la Liga internacional de educación racionalista.

Apuntes de Economía Política, por J. D. Ravinale.

De los Pazos Galegos. (Versos de miedo y de superstición), por Xavier Bóveda.

La Masonería. Su pasado, su presente y su futuro, por Adolfo Vázquez-Gómez.

POR LOS DOMINIOS DE TALÍA

"LA MACHONA", pieza en dos actos, de ISAAC MORALES (hijo), proporciona un buen éxito a su autor, bien interpretada por la compañía MARY - MORGANTI - GUTIÉRREZ, en el MAIPO.

El autor, al salir a escena, requerido por insistentes aplausos del público que llenaba la sala, dijo la noche del estreno: "He presentado en esta obra una machona que nada tiene que ver con la de Víctor Margueritte. Es una machona porteña, más humana y más simpática que la del autor francés". Exacto. "La machona" de Isaac Morales es un tipo bien nuestro. Traviesa, loquela, valiente y despreocupada conserva siempre una sana feminidad y allá, en el fondo de su alma, tiemblan "las gotas de melancolía" del poeta. Es cierto que fuma, que juega, que intriga, que profesa ideas avanzadas, que de todo se burla, pero con todo no es más que una mujercita buena y revoltosa que siente la alegría de la libertad sin caer en el libertinaje del amor. Es una inteligente frívola, no una viciosa. Y por ahí siente encenderse en su corazón la llamita ingenua del ensueño y la apaga discretamente con unas lágrimas, en aras de un cariño fraternal. Nada de perversiones, ni de ultrajes, ni de eróticas concupiscencias. Es una machona familiar, para andar por casa a sus anchas, dándose el gusto de ser como le da la gana.

El tipo de la protagonista está bien mantenido en la obra a través de sus escenas animadas y pintorescas. Junto a ella desfilan otros personajes, también hábilmente manejados y muy de nuestro ambiente.

Las tres primeras figuras de la compañía asumieron los principales papeles, desempeñándose brillantemente, especialmente Felisa Mary que hizo las delicias del público.

"MANUELITA ROZAS"

Aún vive... en el cartel del Marconi. El público no se entusiasma con los versos del señor Rossi, pero los oye con agrado, como una música callejera y se recrea viendo la lujosa y acertada presentación escénica, que reconstruye con verdadera fidelidad cuadros y tipos de aquella época de la tiranía en que los unitarios estaban un poco menos desacreditados que ahora...

PALABRAS DE UN PANIDA

Dice un señor estrecho y largo
que no le den el pan amargo,
porque a él le gusta, sin falsía,
el pan dulce de cada día.

Y es que no ha visto el muy morueco
"El pan amargo", de Pacheco
que agrada y no descompone
y que acaban de reestrenar
Vittone
Pomar.

CUENTO BATURRO

Roberto Casaux se siente tan pa'sano de la Pilarica, que hasta fuera de escena se siente baturro y cuenta anécdotas y chascarrillos, de su cosecha o de la ajena, pero que siempre tienen gracia. Días pasados le oímos el siguiente:

Cierta vez, una mujer mandó a su chico a casa de una vecina para que le prestara el soplillo. La interesada era cargosa y pedigüeña al extremo, y ya tenía cansada a la vecina, que le había ya prestado hasta atención, que es lo que menos presta una mujer a otra.

—Ña Ufras'a—dijo el chico.—ice mi madre que me preste el soplillo.

—Pues anda tú a icile, que lo tengo yo ocupado; que venga ella a soplar aquí si quiere.

Es la influencia de la pieza "En un burro, tres baturros" con la que diariamente hace desternillarse de risa al público.

LA OBRA PÓSTUMA DE ROLDÁN

Si es verdad que el espíritu de los muertos no anda muy lejos del de los vivos, debe estar contento el de Belisario Roldán. El éxito de su comedia dramática "La virgen de la Pureza" es uno de esos triunfos legítimos del arte, que halagan a todo espíritu ponderado y dan la certidumbre de que, después de todo, no es en vano luchar por un ideal superior.

LA DIVINA COMEDIA

Se había clausurado y no por falta de pensionistas, el "Sanatorio del amor" y nuevamente abrió ahora sus puertas. Tratándose de un establecimiento que acreditó en su anterior etapa ser de positivos resultados en el tratamiento de la languidez, la neurastenia y la majadería, no es de extrañar que ahora haya obtenido una entusiasta acogida. Hay que ver también las enfermeras que hay en la Comedia, a la que, por tal causa, algunos la denominan, relamiéndose de gusto, la Divina Comedia.

LA LÍRICA

Continúa desarrollando su interesante temporada la compañía lírica italiana que actúa en el Nuevo y en la que figura la admirable soprano María Javor Varney. El vasto repertorio de este elenco, le permite mantener continuamente renovado el cartel con las más afamadas producciones de la lírica universal.

"EL PATIO DE LOS FANTASMAS"

Los señores Oscar R. Beltrán y Carlos Ossorio hicieron estrenar por la compañía del Apolo, una pieza así titulada que obtuvo excelente acogida por parte del público y que parece destinada a largo cartel. Se trata de una obrita donde los autores sólo se proponen divertir, presentando a un vividor que se finge profesor de espiritismo y curandero para estafar a un par de sujetos simples. De los tres cuadros que consta, resulta el más cómico el segundo, que llega a generalizar la carcajada en la sala, en una escena en que los hermanos Ratti procuran convencer a una fámula o cosa parecida. Por lo demás, hay otros pasajes también eficaces y en general la pieza se escucha con agrado.

César y Pepe Ratti, Mariño y Giménez sobresalen en sus papeles. Entre las actrices, la señora Nuvolone.

Los autores, la noche del estreno, fueron llamados al palco escénico y aplaudidos.

PARRA Y EL STUD

Los quince días que tiene el stud del Argentino, transcurrieron como las dos primeras semanas de un chico nacido gordo y sano y con buen apetito... Todo hace suponer que la existencia de la criatura será larga y fecunda. Parravicini, como si lo hubiese presentido, se llama Conejero en "El stud misterioso".

SIMARI Y FRANCO

Los dos tigres del Smart prosiguen trabajando con buena fortuna. La reprise de "Páselo, cabo", sainete de Folco que el año anterior gustó mucho, reprodujo el éxito pretérito.

Prepara este conjunto el estreno de una pieza de gran aparato, "El rey del cabaret", de Romero y Weisbach (casi era innecesario citar los autores).

"LA DANZA DE LAS LIBÉLULAS"

La interesante opereta de Lehar acusa uno de los éxitos más sostenidos en el género. La compañía Bertini-Gioana, que la representa en el Politeama, viene obteniendo mucha aceptación y realizando algo casi milagroso: poblar una sala inmensa y fría hasta el año pasado.

Esta compañía ensaya novedades, entre las que cuenta la última obra del mismo autor "Frasquita", de la que se dicen maravillas.

ARATA

La sala del Porteño donde actúa el conjunto de género chico encabezado por la señora Mancini y el popular Arata, estrenó el sainete "El bataraz", de Maroni y Pucci, que logró discreta aceptación. De él nos ocuparemos en otro número.

MAYO

Un buen suceso artístico resultó la reprise por la compañía de Manolo Casas de la opereta de Vives, "Maruxa", hermosa producción que el conjunto del Mayo puso en escena con mucha propiedad y permitió confirmar la excelencia de las voces que actúan en el conjunto. El bajo Gorgé, el barítono Estrada y las tiples señoras Rosell y Sáenz, arrancaron largos aplausos como asimismo la batuta del maestro Roselló, recién incorporado a la compañía.

Se anuncian próximos estrenos.

POR EL BUENOS AIRES

El conjunto artístico que encabeza la pareja Matilde Rivera y Enrique De Rosas, que actualmente ofrece dos secciones simples y una doble en los espectáculos nocturnos y la vermut de las diez y ocho, ha intercalado en sus programas obras cómicas, como "¡Córdoba al freno", en la que la compañía viene demostrando la ductilidad de sus actores y la excelente dirección artística.

En momentos de escribir estas líneas se venía ensayando la pieza en un acto, "El gavilán", de don Domingo R. Mayola.

"JUAN MOREIRA"

El héroe legendario perennemente perseguido por la "partida", reaparecerá dentro de poco en el escenario del Nacional, por obra y gracia del popular autor Alberto Vacarezza, quien ha tenido el antojo de hacerlo resucitar como Lázaro. En rigor, la resurrección no tiene la virtud de suscitarnos curiosidad, ni creemos que la tendrá para gran parte del público. De "Juan Moreira" ya no hay nada interesante que decir, por inventiva que tenga el señor Vacarezza.

El cartel del Nacional sigue nutriéndose con "La mala siembra" y "Mateo".

CASINO

Un número de gran atracción resultó el debut del ingeniero Westerhold, que gobierna a la distancia un acorazado en miniatura, espectáculo curioso e interesante. Continúan actuando los liliputienses rusos y los cerdos amaestrados. El escenario del Casino parece el principio del mundo: gentes y bestias todo mezclado.

FLORIDA

Debutaron los bailarines Vila-Palos, número bien presentado que gustó. Se anuncia el próximo debut de Gloria Gil Rey, artista que actuó en el Empire.

GRAND SPLENDID

Notables películas constituyen el programa diario de esta hermosa sala consagrada al espectáculo cinematográfico. En esta semana se producirán interesantes estrenos. Próximamente, se pasará el film sobre la pelea Firpo-Brenan.

CAPITOL

La bonita sala de la calle Santa Fe viene siendo muy frecuentada por el público selecto que siempre la favoreció con su presencia. Hermosas películas se pasarán en la semana en curso, prometiendo interesantes espectáculos para las familias.

Catálogo de Harrods

Esta importantísima institución comercial acaba de dar a circulación su catálogo ilustrado, correspondiente a las estaciones otoño-invierno de 1923.

Como de costumbre, se registran en las páginas del volumen que nos ocupa, las últimas creaciones de la moda, para ambos sexos, y las más altas novedades lanzadas en los grandes centros de la elegancia y del chic.

Dicho catálogo contiene además una breve exposición de la enorme cantidad de mercaderías generales con que cuenta el gran establecimiento de referencia.

En suma: el catálogo de Harrods constituye un valioso índice de orientación para los que se hallan pendientes de las modernas tendencias en el vestir elegante, y para cuantos necesiten adquirir artículos selectos en la inmensa variedad de mercaderías que encierran sus grandes almacenes.



Leopoldo Simari, caricaturado por Barruel.

Colaboración espontánea

Plegaria

Yo quiero ser, Señor, como esa estrella
pálida, hermosa que en tu cielo llora,
cual si del Tasso el alma y de Medora
se hubiera entera refundido en ella.

Yo quiero ser, Señor, luz en la bella
pupila inmensa que en la noche implora
desheredada, triste, soñadora...
¡tan sólo luz para inyectarse della!

Yo quiero ser, Señor, algo que explenda;
un rayo enorme que en la vida sea
más que el fugaz destello que se olvida,

algo que siempre en la memoria encienda
la antorcha inextinguible de una idea
en las ruinas de un alma conmovida!

Néstor D. MENDOZA.

Mi reloj

(Neurótica)

Es de noche. En mi buhardilla, las tinieblas pavorosas,
como más caras siniestras de un macabro Carnaval,
semejando languideces se retuercen por la brisa,
que no ahuyenta las tristezas de esta noche funeral..

El reloj, ese sepulcro de las horas que han pasado,
va guardando, presuroso, los instantes que se van,
cual si fuera un viejo avaro que, en las arcas de la [Vida,
las monedas de los tiempos apilara sin cesar...
... ...
Al rimar en el Silencio, su canción de cosas muertas,
se detiene de repente cual queriendo sollozar;
yo lo miro con cariño, porque sé que entre sus ruedas
duerme suave mi momento de fugaz felicidad...

W. A. PARODY.

Las dos carteras

Para "Fray Mocho".

El primer anuncio decía: "Generosa gratificación a quien devuelva a la calle tal, número tantos, último piso, tercera puerta, derecha, una cartera negra conteniendo papeles y dinero, perdida en el trayecto de la calle Rivadavia entre plaza de Mayo y plaza Congreso."

A pocas líneas de distancia, otro aviso, de las mismas proporciones, decía: "Se recompensará a la persona que devuelva a la "Unión de Publicidad" una cartera perdida en plaza Congreso, o en el trayecto de la calle Rivadavia a plaza Once, conteniendo dinero."

Pepe Herrera, después de haber leído atentamente el primero de estos avisos, habíase quedado asombrado ante el segundo.

—Veamos, — murmuró. — Hay que formarse una idea.

"Formarse una idea" para Pepe Herrera, empleado jubilado del gobierno, con alguna renta propia, soltero y sin graves preocupaciones, quería decir sentarse a la mesa de un café, pedir un cocktail y reflexionar sobre cualquier caso que sobresaliera de las ordinarias circunstancias de la vida.

Dicho y hecho, entró en un café, se sentó a una mesa, pidió el cocktail y se puso a pensar.

Pero el caso, esta vez, era verdaderamente extraordinario. Pues hay que anticipar que, dos horas antes, había encontrado una cartera en el ángulo de una puerta de la calle Rivadavia, cerca del Congreso. Pepe iba caminando, a paso lento, cuando sintió que la punta de su bastón tropezaba con un objeto. Inclinóse, y alzó una pequeña cartera de cuero negro conteniendo dos billetes de mil pesos, amén de otros de menor talle, un perfumado almanaque de bolsillo, un retrato de mujer y... nada más.

Pepe era una persona honrada; la estirpe de los Herrera no conocía sombras ni hesitaciones en cuestiones de honor, por lo cual no le pasó por la cabeza la idea pecaminosa de apropiarse la cartera y su contenido; estaba, desde un principio, resuelto a la restitución; pero aquellos dos avisos habíanlo arrojado en un mar de dudas.

¿Se trataba de la misma cartera o de dos diferentes?

De buena gana habría sometido el caso a alguien hábil en resolver asuntos complejos, pero, reflexionando, acabó por decirse que no era conveniente descargarse de su secreto sobre una tercera persona (la segunda era, evidentemente, el dueño de la cartera). A pesar de todo, poco a poco y con la ayuda de un segundo cocktail "excepcional" (tan excepcional que el mozo lo miró asombrado), Pepe Herrera empezó a ver claro.

Había sido siempre un admirador de Sherlock Holmes y un apasionado de su "arte", así que de acuerdo con el razonamiento lógico que constituía el sistema de aquel ilustre detective, pudo, en breve, resolver el problema. "In primis et ante omnia", se dijo, una cartera perdida entre plaza de Mayo y Congreso no puede haber sido perdida entre Congreso y plaza Once, porque la contradicción no lo consiente; "ergo" las carteras eran dos; por otra parte, el primer aviso daba indicaciones precisas que correspondían exactamente a la que él había encontrado; "ergo" esa cartera era la del primer aviso y no del segundo; conclusión final: él la tenía que devolver en la calle tal, número tantos y no en ninguna otra parte.

Poco importaba el razonamiento, puesto que la lógica no es una opinión, sino una matemática.

Por consiguiente, Pepe Herrera, no perdió tiempo en tomar una heroica decisión... y el tranvía que lo condujo a dos pasos de la casa del afortunado propietario.

———

Una puerta medio desvencijada; un patio lleno de charcos fangosos, en los cuales chapotean algunos chiquillos que arrojan el agua sucia sobre sus claros pantalones.

—¡Insolentes!—les grita, saltando de un charco a otro y poniéndose precipitadamente en salvo.

Al fondo del patio se ve una escalera, en pésimo estado; conduce a los pisos superiores; sube por ella el calvario de los tres pisos, hasta concluir en un corredor, probable albergue del desconocido dueño de la cartera.

Nuestro hombre sorprendíase aún de que el poseedor de dos mil pesos en billetes de la Nación habitara en tan incómoda covacha, cuando llegó delante del número 3, derecha.

—Es aquí.—murmuró, repitiendo las señas al mismo tiempo que golpeaba. Escucháronse unas pisadas que avanzaron hacia la puerta; abrióse esta y apareció un hombre alto, delgado, de aspecto desaliñado y en cuyo rostro brillaban dos ojos inteligentes.

—¿Desea?

—¿Es usted la persona que ha puesto un aviso por la pérdida de una cartera?

Iluminóse el rostro del desconocido.

—Yo soy,—respondió, obsequioso; luego, haciéndose a un lado y manteniendo abierta la puerta añadió:—Tenga la bondad de pasar; disculpe el desorden que reina; no es más que un simple "pied-a-terre"; le ruego se siente;—y después de una pausa preguntó:—¿Ha encontrado usted, por casualidad, mi cartera?

Pepe, con gesto solemne, extrajo de un bolsillo interior el objeto indicado, y enseñándolo preguntó:

—¿Es ésta?

Una mano descarnada alargóse, tomándola:

—No cabe duda, es la misma.

Rebuscaba los objetos murmurando:

—Un almanaque, un retrato de mujer—y suspiró, —dos billetes de a mil, uno de cincuenta, cuatro de diez... No tengo palabras para significarle mi agradecimiento, querido señor...

—Pepe Herrera, empleado jubilado.

—Querido señor Herrera...—y sacando el billete de cincuenta murmuró:—No sé si puedo ofrecerle...

Pepe tuvo un gesto de desdeñosa negativa:

—¡De ninguna manera!

—Me lo imaginaba, por lo menos;—y así diciendo le alargó el almanaque perfumado:—acepte ésto, en recuerdo del señalado favor.

Herrera aceptó, dando mentalmente las gracias, y mientras se disponía a despedirse comentó:

—¿Ha visto? Cerca del suyo, había otro aviso por una cartera perdida entre plaza Once y Congreso.

—Puede ser, querido señor,—respondió su interlocutor sonriendo amablemente;—pero yo, se lo aseguro, he perdido una sola.

———

Dos días después Pepe Herrera encontróse en la calle con un viejo amigo, empleado retirado como él, Timoteo Ruiz. Timoteo, que ordinariamente era espansivo y alegre, le saludó apenas, estaba lívido, sudoroso; en fin, parecía tener el demonio en el cuerpo.

—¿Qué te pasa?

—Déjame; ¿no has leído los diarios? ¿No has leído los avisos? He perdido, hace dos días, la cartera...

—¡Cáscaras! Entre...

—Entre Congreso y plaza Once.

—¡Ah! Bien me lo decía yo...—y el semblante de Pepe se iluminó de satisfacción por el triunfo de la lógica,—bien me lo decía... ¡porque la otra yo la encontré!

—¿¡Cuál otra!?—gritó Timoteo agarrándolo por el saco.

—Sí... aquella perdida entre plaza de Mayo y Congreso.

—¡Dios mío! ¿Cómo era?

—¡Ah! ¡Pobre de mí, me lo imaginaba!

—¿Qué cosa?

—¿Y cuánto contenía?

—Dos mil noventa pesos cabales.

—¡Ah!—rugió el otro en el colmo de la desesperación.—¿Y la has devuelto?

—En la calle tal, número tantos, último piso, tercera puerta, derecha,—gimió, más que dijo, Pepe, que empezaba a comprender la "gaffe" que había cometido.

—¡Pero, desgraciado!—gritó Timoteo, zarandeándolo como un muñeco,—¡desgraciado! ¿No comprendes que aquella cartera era la mía?

Pepe quedóse sin aliento.

—¿Pero cómo? ¿Las dos carteras... eran una sola?

—Sin duda. Ahora mi sospecha se convierte en certidumbre. Un hábil ratero me la robó en la aglomeración, antes de llegar a Congreso; él la perdió entre plaza Congreso y la estación del Once y ha recurrido, con audacia inaudita, al medio del aviso para recuperarla.

—¡Pero no es lógico!

—¡Al diablo con la lógica! Hice insertar un anuncio en los diarios para que desconfiaran, ¡pero demasiado tarde! Había ya un imbécil que la había encontrado y devuelto... al ladrón!

———

Cuando Pepe y Timoteo se trasladaron a la casa del desconocido acompañados de dos agentes de policía, encontraron la puerta número 3 cerrada con llave; interrogado el encargado, dijo que la pieza había sido alquilada hacía pocos días y que el inquilino había desaparecido casi en seguida, sin dejar huellas; de modo que tuvieron que retirarse como habían venido: con las manos vacías.

Al descender la escalera, mientras Timoteo bufaba contra la tontería de Pepe, éste, humillado, pensaba que aquella era la derrota de la lógica y del método deductivo de Sherlock Holmes... y callaba. Pero en seguida, acordóse de algo, rebuscó en el bolsillo y alargando un objeto a su desafortunado colega, que se había detenido en el descanso de la escalera, le dijo solemnemente:

—Toma, he sido burlado pero soy un hombre honesto; esto te pertenece.

Timoteo extendió la mano... ¡Era el almanaque perfumado!

Ottavio RAMPINI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**
De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires



MOTIVOS PORTEÑOS

Una avenida arbolada, del Parque Lezama.

Fot. Márquez.



